

Combate de ciegos

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

ADELA ANGLADA.

CONSERJE.

DOCTOR BRUNO.

ANGLADA.

BUICK.

DAMIÁN.

DAVID GONDAR.

MENSAJERO.

ESCHER.

ROBERTA.

VOCES DE NIÑOS.

Bajo la clepsidra

A un lado del escenario, en primer término, recepción de una vetusta y destartalada residencia. Sólo son visibles la puerta de acceso, el casillero de las llaves y el mostrador. Sobre éste, además de una espesa capa de polvo, hay un timbre manual y un antiguo reloj de

agua. ADELA ANGLADA llega del exterior. Deposita su bolsa de viaje en el suelo y aguarda a que alguien salga a recibirla. Se asoma al pasillo y, como no encuentra a nadie, vuelve sobre sus pasos. Carraspea para hacer ruido. Se impacienta. Ve, al fin, el timbre y lo pulsa. Como movido por un resorte, surge del otro lado del mostrador el CONSERJE.

CONSERJE.- (Abrochándose apresuradamente el botón superior de la chaqueta.) Perdón... ¿Puedo servirla en algo?

ADELA.- Busco al doctor Bruno.

CONSERJE.- El doctor está durmiendo.

ADELA.- ¿A estas horas? Es casi mediodía.

CONSERJE.- Aquí se duerme hasta muy tarde. ¿No lo sabía?

ADELA.- No.

CONSERJE.- No hay nada mejor que hacer. De todos modos, quizás hoy haya madrugado. Si aguarda un momento, saldremos de dudas. Veré si está en su despacho.

(El CONSERJE se aleja por el pasillo. Ella, en tanto, observa el lugar con mayor detenimiento. Luego, con el dedo, traza un surco en el polvo del mostrador y finalmente fija su atención en el reloj de agua. Así la sorprende el CONSERJE cuando regresa.)

El doctor saldrá enseguida.

ADELA.- Gracias.

CONSERJE.- Es una clepsidra.

ADELA.- ¿Una...?

CONSERJE.- Clepsidra. Un reloj de agua.

ADELA.- ¿Para que sirve un reloj de agua?

CONSERJE.- Para medir el tiempo.

ADELA.- Claro. Un reloj... El tiempo... Debí suponerlo.

CONSERJE.- Lo inventaron los egipcios.

ADELA.- ¿Está seguro?

CONSERJE.- Eso fue lo que averiguó el doctor Bruno cuando lo encontró en el sótano. Le gustó y mandó ponerlo aquí... Ahí llega.

(ADELA se vuelve hacia el pasillo. El DOCTOR BRUNO acude presuroso a su encuentro.)

DOCTOR BRUNO.- ¿Con quién tengo el gusto de...?

ADELA.- He recibido un telegrama urgente...

DOCTOR BRUNO.- ¡Ah! La señorita Adela Anglada.
¿Me equivoco?

ADELA.- No, doctor.

DOCTOR BRUNO.- Mis respetos. No la esperábamos tan pronto.

ADELA.- He venido en cuanto me ha sido posible.

DOCTOR BRUNO.- ¿Por qué no nos avisó?
Hubiéramos enviado el coche a la estación.

ADELA.- No sabía que estuviera tan lejos de la residencia.

DOCTOR BRUNO.- Lo siento. Debimos advertírselo.

ADELA.- ¿Está vivo mi padre?

DOCTOR BRUNO.- Por supuesto. Tranquilícese.

ADELA.- Los telegramas... Ya sabe... Cuando no los esperamos, pensamos lo peor. Creemos que sólo anuncian malas noticias.

DOCTOR BRUNO.- Su padre insistió en que se lo pusiéramos. No fue decisión nuestra. En la medida de lo posible, procuramos no causar alarmas innecesarias. Sin embargo, en este caso, hemos hecho una excepción. La conducta del señor Anglada es preocupante. Consideramos que la familia debe saberlo.

ADELA.- ¿Acaso está enfermo?

DOCTOR BRUNO.- No exactamente.

ADELA.- ¿Entonces?

DOCTOR BRUNO.- Desde hace un mes permanece encerrado en su habitación. Ni siquiera sale al comedor. Pasa días enteros sin probar bocado. Apenas duerme, pero no abandona la cama. Cuando le visito, se cubre la cabeza con la almohada. Sólo si insisto mucho, y no siempre lo consigo, la saca de mala gana. Tendría que verle con el pelo alborotado y agitando los brazos farfullar quién sabe qué excentricidades sin sentido.

(El CONSERJE, que no pierde palabra, no deja de asentir con la cabeza.)

ADELA.- ¿Cómo se comportaba antes?

DOCTOR BRUNO.- Nunca fue un interno dócil, sobre todo al principio. Nos dio muchos quebraderos de cabeza. Pasada la medianoche, se levantaba y recorría los pasillos de puntillas abriendo las puertas de las habitaciones y despertando a los demás residentes. Les hacía sentarse en la cama y les iluminaba el rostro con una linterna. En voz

baja, pero con gesto furioso, les insultaba y amenazaba. Y ellos, arrancados tan bruscamente de su sueño, sin saber muy bien lo que pasaba, gemían y ensuciaban las sábanas.

CONSERJE.- A veces obligaba a desnudarse a las mujeres y las toqueteaba. Y a los hombres, a volcar los orinales sobre sus cabezas.

ADELA.- ¡No siga! ¡Es repugnante!

(El DOCTOR BRUNO hace un gesto al CONSERJE para que calle.)

¿Cómo acabaron con ese espanto?

DOCTOR BRUNO.- A base de sedantes. Desde que decidimos suministrarlos, los días se hicieron más tranquilos. Ya lo creo. El carácter de su padre cambió profundamente. Tenía mejor humor. Tanto es así, que le autorizamos a bajar al pueblo un par de veces por semana. Pero el sosiego duró poco. Un día le echamos de menos a la hora de la cena. Todos habían regresado del pueblo excepto él.

CONSERJE.- Salí a buscarle y le encontré perdido.

ADELA.- Pero mi padre debía conocer bien el camino...

DOCTOR BRUNO.- Por alguna razón se entretuvo y se le echó la noche encima.

CONSERJE.- Sabe Dios las horas que estuvo dando vueltas en medio de la oscuridad.

DOCTOR BRUNO.- Apenas llegó a la residencia, buscó un espejo y permaneció ante él un buen rato. Luego nos miró uno a uno, como si buscara al culpable de su extravío. Debía pensar que todos lo éramos a juzgar por las miradas y los gritos que nos lanzó. Se retiró a su cuarto y

no ha vuelto a salir de él.

ADELA.- ¿Puedo verle?

DOCTOR BRUNO.- ¿No prefiere descansar antes?

ADELA.- He dado alguna cabezada en el tren. El revisor fue muy amable y me instaló en un departamento vacío.

DOCTOR BRUNO.- Como prefiera. Acompáñeme.

(ADELA recoge su bolsa de viaje y sigue al DOCTOR BRUNO. Poco después, ambos entran en una habitación poco acogedora, discretamente amueblada con un armario, una mesa, un sillón, algunas sillas y una cama. En ésta, oculto bajo la ropa y la almohada, yace una persona.)

Señor Anglada, tiene visita.

ADELA.- Tal vez, duerme.

DOCTOR BRUNO.- No, no. Al sentir el picaporte, ha escondido la cabeza. (Haciendo un gesto de complicidad.) ¿Me ha oído, señor Anglada? Su hija Adela ha llegado.

ANGLADA.- (Asomando la cabeza.) ¿Eres tú, Adela? ¡Qué sorpresa!

ADELA.- ¿No querías verme?

ANGLADA.- Desde luego que sí.

ADELA.- Pues aquí me tienes.

ANGLADA.- ¿Querrá dejarnos solos, doctor?

DOCTOR BRUNO.- Claro. (A ADELA.) Ha sido un placer conocerla. Espero verla a la hora del almuerzo. ¿Compartirá mi mesa?

ADELA.- Si mi padre no me retiene...

DOCTOR BRUNO.- ¿Por qué no viene usted también, señor Anglada?

ANGLADA.- Déjese de cumplidos. No es el momento.

DOCTOR BRUNO.- (A ADELA.) Hasta luego. Si me necesita, estaré en el despacho.

ADELA.- Gracias, doctor Bruno.

(Apenas abandona la habitación el DOCTOR BRUNO, ANGLADA aparta las sábanas y se sienta al borde de la cama.)

ANGLADA.- Comprueba que no se ha quedado escuchando.

ADELA.- ¡Papá!

ANGLADA.- Suele hacerlo.

(ADELA se asoma al exterior de mala gana.)

ADELA.- No hay nadie.

ANGLADA.- En la ventana también. A veces me espía desde el jardín.

ADELA.- (Mirando a través de los cristales.) Ni un alma ahí fuera.

ANGLADA.- Me alegra mucho que hayas venido.

ADELA.- Me preocupas...

ANGLADA.- ¿Qué te ha contado ese?

ADELA.- Nada importante. Acabo de llegar. Apenas hemos tenido tiempo de saludarnos.

ANGLADA.- ¿Por qué no te sientas?

ADELA.- Después... ¿Para qué me has hecho venir? Te

noto alterado.

ANGLADA.- La atmósfera de la residencia se ha hecho insufrible. Me dijeron que era un lugar discreto. Vine confiado. ¡He caído en una trampa, Adela!

ADELA.- Vamos, papá. Exageras. ¿Insinúas que fue un error refugiarte aquí? ¿Estabas más seguro en casa?

ANGLADA.- Os tenía a vosotros. ¡Aquí estoy solo!
¡¡No quiero estar solo!!

ADELA.- De acuerdo. Me quedaré unos días. ¿Es eso lo que quieres?

ANGLADA.- Unos días, no...

ADELA.- Una temporada. ¿Te parece bien?

(ANGLADA **asiente.**)

Reservaré una habitación.

ANGLADA.- No. Haremos poner otra cama aquí. Sobra espacio.

ADELA.- ¿Por qué aquí? Pediré un cuarto cercano a éste. Quizás esté libre el de al lado.

ANGLADA.- ¿Es qué no lo entiendes? ¿Todavía no te has dado cuenta de que soy víctima de una conjura? Apenas me acuesto, esto se llena de gente. Hay gente por todas partes. Detrás de la mesa, debajo de la cama... Cualquiera día encontraré a algún tipo subido en el armario dispuesto a saltar sobre mí.

ADELA.- Esos seres sólo existen en tu imaginación.

ANGLADA.- ¡Esos seres se alojan en la residencia! Cuando abro la puerta bruscamente, los siento alejarse a toda prisa por el pasillo. O cuando paseo, noto su respiración en el cogote. Tienen apariencia de clientes, pero

son cadáveres. ¡Sí, sí, cadáveres!

ADELA.- ¿Le has hablado de esto al doctor Bruno?

ANGLADA.- ¡Nunca! Tengo razones fundadas para sospechar que está detrás de la trama.

ADELA.- ¿También él? Me ha parecido una persona amable. Habla de ti con afecto. No creo que tenga ningún interés en causarte daño.

ANGLADA.- Es el rey del disimulo. ¿No te ha contado que compra los cadáveres en la ciudad? Los escoge el mismo. Visita el tanatorio, los hospitales... Luego, aquí, los devuelve a la vida.

ADELA.- **(Desalentada.)** ¿Cómo lo consigue?

ANGLADA.- Haciendo retroceder el tiempo. Emplea un extraño artilugio. Es un reloj de agua.

ADELA.- ¿Te refieres a ese armatoste que hay en recepción?

ANGLADA.- Sólo él conoce su funcionamiento. Ha encontrado la forma de reactivar el tiempo pasado, de conseguir que la muerte llegue aquí después que a otros lugares. Así, desde el punto de vista de sus familiares, estos seres están muertos. Pero en realidad viven. Dentro de unos límites, claro está. Necesitan dormir mucho para ahorrar energía vital.

ADELA.- Supongamos que no padeces alucinaciones, que hay algo de verdad en lo que cuentas...

ANGLADA.- No me crees.

ADELA.- **(A punto de perder la paciencia.)** ¿Por qué te acosan esos muertos vivientes? ¿Qué tienen contra ti?

ANGLADA.- Quieren vengarse.

ADELA.- ¿De qué, Dios mío, de qué? Si ni tan siquiera

saben quién eres.

ANGLADA.- Me conocen. Entré varias veces en sus habitaciones y muchos, entre sueños, pronunciaban mi nombre. Yo también conozco los suyos, aunque no recuerdo dónde nos hemos visto. A más de uno desperté para que me lo dijera. No quieren hablar. Sólo cuando les cegaba con la luz de la linterna consentían en dar alguna respuesta. Pero no lograba entenderlas. Hablaban de rendir cuentas del tiempo pasado y de lugares en que no recuerdo haber estado. Lugares desconocidos. Tal vez, inexistentes.

ADELA.- No voy a separarme de ti. Estando a tu lado, no se atreverán a molestarte. Acabarás por olvidarte de ellos.

ANGLADA.- ¿Crees que también se alejará ese hombre que cada mañana pega su enorme cara a los cristales de la ventana? No soporto ver su carnosa nariz aplastada.

ADELA.- Encontraremos la forma de espantarlo.

(ANGLADA parece relajado. ADELA, vencida por el desaliento, le contempla con conmiseración.)

ANGLADA.- Debes estar muy fatigada.

ADELA.- De buena gana me echaría un sueño.

ANGLADA.- Hazlo.

ADELA.- El doctor Bruno nos ha pedido que le acompañemos en la mesa.

ANGLADA.- Cuando vea que no llegamos, comerá solo.

ADELA.- Es un desaire...

ANGLADA.- (Descendiendo de la cama.) Anda, acuéstate.

ADELA.- ¿En tu cama?

ANGLADA.- Hasta que traigan la otra, ocuparé el sillón.

ADELA.- Estarás incómodo.

ANGLADA.- Tu has hecho un largo viaje. Los trenes son tan viejos, tan poco acogedores. Y ese traqueteo tan molesto...

ADELA.- Como quieras.

(**ANGLADA se acomoda en el sillón y ADELA busca algo en su bolsa.**)

(**Tratando de animarle.**) Mañana iremos al pueblo.

ANGLADA.- Al pueblo, no.

ADELA.- Por supuesto que sí. Necesitas distraerte. Seguramente hay alguna buena pastelería.

ANGLADA.- En la plaza Mayor, pero...

ADELA.- La conoces, ¿eh? Apuesto a que eres uno de los mejores clientes. Desayunaremos una taza de chocolate y un buen pedazo de tarta. De manzana. ¿O prefieres bizcocho relleno?

ANGLADA.- Hace algún tiempo que decidí no ir al pueblo. Esta infestado de enemigos.

ADELA.- (**Derrotada.**) ¿También allí?

ANGLADA.- También. Y la pastelería es, precisamente, donde han establecido su cuartel general. Conocen mi debilidad por los dulces. Me provocaban llenando el escaparate de pasteles y tartas. Tenían un aspecto envidiable. Y a mí, claro, se me hacía la boca agua. Un día tomé unos buñuelos bañados en café. Me produjeron una terrible diarrea.

ADELA.- Te darías un atracón. No sería el primero.

ANGLADA.- Jamás me había pasado algo semejante. Empecé a sospechar de los dependientes. Observé que intercambiaban gestos de complicidad, que hablaban de mí en voz baja. Empezaron a no gustarme muchas de las cosas que hacían. Por ejemplo, un día, el último en que puse los pies en el pueblo, cuando pretendí pagar la consumición, nadie vino a atenderme. Atendían las otras mesas. Entonces, para llamar la atención de los dependientes, golpeé con el tenedor en el plato. En vano. Pasaban a mi lado sin detenerse. Y tan pronto como los demás clientes desalojaron el establecimiento, ellos se fueron. Esperé un buen rato todavía. Al fin, dejé unas monedas en la mesa y salí a la calle. Había anochecido. ¡Eso era lo que pretendían! Que me sorprendiera la noche antes de regresar a la residencia, que me perdiera en la oscuridad y me despeñara por alguna ladera. Caminaba como un ciego. Alargaba los brazos y no alcanzaba a ver mis manos. ¡Fue una terrible experiencia! **(Hace una larga pausa durante la que permanece pensativo.)** Necesité mirarme en un espejo. Me tranquilizó ver mi imagen en él. Pero también vi reflejados los rostros de burla de los otros residentes y del despreciable doctor Bruno. En ese instante me percaté del alcance de la persecución a que estoy sometido. **(Se levanta y saca de un cajón del armario un estuche.)** Pedí a la dependiente una caja de bombones. La muchacha tenía una sonrisa encantadora. Me la envolvió cuidadosamente. Aquella misma noche, sentado en ese sillón, la abrí. **(La destapa y muestra el contenido.)**

ADELA.- **(Haciendo un gesto de repugnancia.)** ¡Son ojos!

ANGLADA.- Dos docenas de ojos de cristal.

ADELA.- ¿Qué significado tiene?

ANGLADA.- ¡Explícamelo tú!

ADELA.- ¿Dónde los compraste? ¿En una ortopedia?
¿En la óptica?

ANGLADA.- Adela, sé distinguir una pastelería de una de esas tiendas.

ADELA.- **(Cerrando la caja.)** Fue una broma de mal gusto. Olvídala.

ANGLADA.- ¡No es una broma! ¡Es cualquier cosa menos una broma!

(ANGLADA solloza. ADELA le conduce al sillón y le acaricia la cabeza.)

ADELA.- ¿Te sientes mejor?

ANGLADA.- No iremos al pueblo, ¿verdad?

ADELA.- Haremos lo que tú quieras.

ANGLADA.- ¿A qué esperas para acostarte?

ADELA.- ¿De verdad no te importa?

ANGLADA.- Teniéndote cerca, no.

(ADELA besa a su padre en la frente. Luego se desviste y se desliza en la cama. No tarda en dormirse.

ANGLADA, que ha permanecido con la cabeza inclinada sobre el pecho, escucha su respiración y, cuando la siente profunda, se levanta. Se aproxima a la cama cuidando de no hacer ruido. Arregla la sábana para cubrir mejor el cuerpo de su hija y, con el mismo sigilo, va hasta el armario y saca de su interior una botella de ginebra y un vaso. Se sirve. Bebe a

pequeños y continuos sorbos. El tiempo transcurre en silencio. Cuando parece que se ha detenido, alguien golpea la puerta con los nudillos. ANGLADA se sobresalta. No responde enseguida a la llamada. Antes oculta la botella y el vaso.)

(Entreabriendo la puerta.) Diga al doctor que no iremos al comedor. Mi hija descansa.

(Un hombre, al que instantes después ANGLADA identificará con un viejo conocido apodado BUICK, empuja la puerta y se mete en la habitación.)

¡Eh! ¿Qué hace?

BUICK.- Menos mal que le encuentro. No estaba seguro de llegar a tiempo.

ANGLADA.- ¡Salga inmediatamente!

BUICK.- ¿No se acuerda de mí?

ANGLADA.- (Dudando.) ¿Buick? ¿El conductor del buga negro?

BUICK.- El mismo que viste y calza.

ANGLADA.- ¿Qué demonios hace aquí?

BUICK.- Tiene que acompañarme.

ANGLADA.- ¿Acompañarle? ¿Por qué?

BUICK.- No hay tiempo que perder. ¿Qué le parece si dejamos las explicaciones para más tarde?

ANGLADA.- (Volviéndose hacia la cama.) Adela...

BUICK.- ¿Es su esposa?

ANGLADA.- Mi hija. Acaba de llegar...

BUICK.- Déjela dormir.

ANGLADA.- Pero...

BUICK.- No complique las cosas.

(BUICK abre el armario y saca algunas prendas de vestir que arroja a las manos de ANGLADA.)

ANGLADA.- Oiga, yo...

BUICK.- ¡Vístase!

ANGLADA.- **(Empezando a hacerlo.)** Quiero saber a qué obedece esto.

BUICK.- Aquí corre peligro.

ANGLADA.- Lo sé, lo sé.

BUICK.- Me han encargado que le ponga a buen recaudo.
¿Más preguntas?

ANGLADA.- Tengo que despertarla. No puedo marcharme así.

BUICK.- **(Vaciando la bolsa de viaje de ADELA.)** Si en dos minutos no está listo, me largo.

ANGLADA.- Es su bolsa...

BUICK.- En algún sitio habrá que poner sus objetos personales. ¿O no?

ANGLADA.- ¡Váyase si tiene tanta prisa!

BUICK.- ¿Ha decidido quedarse?

ANGLADA.- No... Creo que no. ¿Dónde vamos? ¿A la ciudad?

BUICK.- ¿Está en su juicio? El caos se ha adueñado de las calles. Grupos armados desfilan aterrorizando a la gente. Nadie está a salvo de la ira de esos bárbaros.

ANGLADA.- Adela viene de allí. No me ha dicho nada.

BUICK.- Póngase la chaqueta.

ANGLADA.- ¿Qué pensará de mí cuando vea que me he ido sin despedirme? Me buscará por todos los rincones de la residencia.

BUICK.- (Entregándole una pistola.) Tenga. Puede necesitarla.

(ANGLADA examina el arma. Antes de guardarla verifica que está cargada. En tanto, BUICK cierra la bolsa, se asoma al pasillo y mira a ambos lados.)

Vía libre. Andando, Anglada.

(BUICK sale. ANGLADA se detiene en la puerta, contempla a su hija y hace ademán de ir hacia ella. La voz que llega de fuera, resuelve sus dudas.)

VOZ DE BUICK.- ¿A qué espera?

ANGLADA.- Voy.

Los ojos de Edipo

A ambos extremos del proscenio, sendas puertas. La de la izquierda da a la calle. La de la derecha comunica con otras dependencias de la casa. Reina un silencio absoluto. Al cabo de algún tiempo, lo rompe, desde el exterior, el ruido de un coche que frena y se detiene. Se oye el abrir y cerrar de las puertas del vehículo, algunas voces ininteligibles y pasos precipitados. Suena el timbre. Tras una breve espera,

se repite la llamada. Segundos después, DAMIÁN sale por la puerta de la derecha. Antes de que alcance la de la calle, se producen nuevos e insistentes timbrazos acompañados de algunos golpes de nudillos.

DAMIÁN.- Va, va...

(DAMIÁN observa el exterior a través de la mirilla y abre la puerta. En el umbral aparecen ANGLADA y BUICK.)

BUICK.- Buenas noches.

DAMIÁN.- ¿Sin novedad?

BUICK.- Ninguna.

DAMIÁN.- Usted es el señor Anglada, supongo.

ANGLADA.- ¿Y usted?

DAMIÁN.- Puede llamarme Damián.

BUICK.- Le dejo en buenas manos.

ANGLADA.- Estoy seguro.

BUICK.- Ha sido un placer servirle.

ANGLADA.- ¿Se va?

BUICK.- El encargo era traerle hasta aquí sano y salvo.
Misión cumplida.

ANGLADA.- Muchas gracias.

BUICK.- Lo peor ha pasado. Suerte.

DAMIÁN.- Hasta la vista.

(DAMIÁN cierra la puerta.)

(Por la bolsa de viaje.) Permítame...

ANGLADA.- ¡Oh, no es necesario! No pesa.

DAMIÁN.- Viene ligero de equipaje.

ANGLADA.- Fue todo tan precipitado que apenas pude coger cuatro cosas.

DAMIÁN.- No había tiempo que perder.

ANGLADA.- ¿Puedo saber quién me protege?

DAMIÁN.- Alguien que piensa que su sitio no está en la cárcel. Es cuanto puedo decirle por ahora.

ANGLADA.- Comprendo.

DAMIÁN.- Sígame, por favor.

ANGLADA.- Quién podía suponer...

DAMIÁN.- El ambiente está cargado.

ANGLADA.- Tal vez no sea el final...

DAMIÁN.- Los próximos días serán decisivos.

ANGLADA.- ¿Dónde estamos, Damián?

DAMIÁN.- En sitio seguro.

(Llegan a la otra puerta. DAMIÁN la abre.)

Cuidado con los escalones. Es una escalera empinada.

ANGLADA.- ¿Un sótano?

DAMIÁN.- Nadie le buscará ahí.

ANGLADA.- ¿Profundo?

DAMIÁN.- Hay que descender ochenta peldaños.

ANGLADA.- Muchos metros bajo tierra, ¿no le parece?

DAMIÁN.- ¿Le angustian los lugares profundos?

ANGLADA.- No padezco claustrofobia, si se refiere a eso.

DAMIÁN.- ¿Adelante, pues?

(ANGLADA cede el paso a DAMIÁN y ambos hombres desaparecen tras la puerta. Poco después reaparecen en una amplia y confortable estancia amueblada con buen gusto. Dispone de armario ropero, cama, mesilla de noche, tresillo, perchero, gran mesa de comedor, sillas, sillones, televisor, mueble bar, piano, librería, lavabo, inodoro, bañera, cocina, espejos, armarios colgados, una ventana abierta a un pequeño montacargas, frigorífico, varios altavoces y, dominando una de las paredes, un gran óleo que representa un luminoso paisaje con pradera y bosque al fondo.)

Hemos llegado. Está en su casa. No es tan lujosa como la *suite* de un hotel de cinco estrellas, pero hemos hecho lo posible porque se sienta cómodo.

ANGLADA.- Es sorprendente.

(ANGLADA deposita la bolsa en el suelo y recorre lentamente la habitación examinando cada objeto. DAMIÁN sigue sus pasos a prudente distancia.)

Un armario demasiado grande, ¿no cree?

DAMIÁN.- Dentro encontrará ropa suficiente para una larga estancia. Espero que hayamos acertado con sus medidas... En el frigorífico hay comida abundante. Y el bar está bien surtido. Pero si desea cualquier otra bebida o hay algo que le apetezca, no tiene más que decirlo. Se lo enviaré en el montacargas. Cuando quiera comunicarse conmigo, pulse este timbre. Me encontrará siempre. Mi voz llegará por los altavoces. Hay varios, como ve. Y usted puede

hablarme desde cualquier lugar.

ANGLADA.- Procuraré no importunarle demasiado y menos a horas intempestivas. ¡Un piano!

DAMIÁN.- Conocemos su afición a la música.

(ANGLADA levanta la tapa y recorre el teclado de un extremo a otro. Luego, se detiene ante el cuadro.

DAMIÁN le observa.)

¿Le gusta?

ANGLADA.- Llama la atención. Un paisaje bellissimo. Esa pradera con el bosque al fondo... Y esa luz tan limpia. Parece una fotografía.

DAMIÁN.- Buscamos un lienzo que fuera como una ventana abierta a la naturaleza.

ANGLADA.- Sin duda han acertado.

DAMIÁN.- Un refugio no es una cárcel. Hay que procurar que sus ocupantes no tengan la sensación de que viven encerrados. Mire el techo. ¿No es tan alto que parece inalcanzable?

ANGLADA.- Cierto.

DAMIÁN.- ¿Olvidamos algo? No creo. Cualquier cosa que eche de menos, pídala. Pero antes de hacerlo, le aconsejo que la busque bien. Es posible que dé con ella en algún lugar. Por ejemplo, si se cansa de ver la televisión o de leer y le apetece hacer un solitario... **(Abre un cajón y saca un juego de naipes.)** Aquí tiene las cartas. **(Las baraja y las deja sobre la mesa.)** Si desea escribir, en ese mueble encontrará papel y bolígrafos. Y en aquella caja, tabaco.

ANGLADA.- Tengo la impresión de que me sentiré tan

bien como en mi propia casa.

DAMIÁN.- Gracias por el elogio. Y ahora, si no me necesita...

ANGLADA.- ¿Se va? ¿Tan pronto?

DAMIÁN.- Siento no poder acompañarle más tiempo.

ANGLADA.- Nos veremos con frecuencia, espero.

DAMIÁN.- Mi puesto está arriba. No debo abandonarlo.

ANGLADA.- Claro... Aguarde, Damián.

DAMIÁN.- ¿Sí?

ANGLADA.- ¿Por qué tanto espacio para mí solo? Aquí podrían vivir con holgura varias personas.

DAMIÁN.- Usted ha sido un servidor leal. Ha dejado un recuerdo imborrable.

ANGLADA.- Es la primera vez que oigo algo parecido.

DAMIÁN.- ¿Le extraña?

ANGLADA.- No sé... No he hecho el tipo de trabajo por el que uno espera recibir elogios.

DAMIÁN.- ¿Algo más, señor Anglada?

ANGLADA.- Nada. Buenas noches, Damián.

DAMIÁN.- O buenos días. Arriba está amaneciendo.

(DAMIÁN sale. Sus pasos se pierden escaleras arriba.

ANGLADA, sin moverse del sitio, lo mira todo de nuevo. Respira hondo. Contempla el cuadro largamente. Enciende un cigarrillo. Se despoja de la chaqueta. Enciende la televisión. Se sirve un güisqui. Abre el armario y examina por encima las prendas que hay colgadas. Pone su bolsa sobre la cama y saca un chándal. Busca un sitio en que guardar la pistola. Lo hace en un cajón de la mesilla. Se cambia de ropa.

Se sienta frente al televisor y bebe a pequeños sorbos. Deposita el vaso en el suelo y entorna los ojos. Se mueve inquieto. Apaga la televisión. Mira hacia el techo. Se levanta y busca el interruptor de la luz. No lo encuentra. Recorre una y otra vez el perímetro de la habitación. Finalmente pulsa el timbre.)

VOZ DE DAMIÁN.- Señor Anglada...

ANGLADA.- Oiga.

VOZ DE DAMIÁN.- Le escucho.

ANGLADA.- Una pregunta.

VOZ DE DAMIÁN.- Son las tres de la madrugada.
¿Algún problema?

ANGLADA.- Nada importante, supongo.

VOZ DE DAMIÁN.- Eso espero.

ANGLADA.- El lugar es confortable. No se puede pedir más. No tengo ninguna queja al respecto.

VOZ DE DAMIÁN.- No sabe cuánto me alegro.

ANGLADA.- Únicamente... Verá, no consigo conciliar el sueño.

VOZ DE DAMIÁN.- Es comprensible. Ha tenido un día muy agitado. Le enviaré un sedante.

ANGLADA.- Me encuentro perfectamente. Acostumbro a dejar las preocupaciones fuera de la alcoba.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Entonces?

ANGLADA.- Es la luz. ¿Puede decirme dónde están los interruptores? No doy con ellos.

VOZ DE DAMIÁN.- No hay interruptores, señor Anglada.

ANGLADA.- ¿Oigo bien?

VOZ DE DAMIÁN.- Se trata de un lamentable olvido del electricista. No hemos tenido tiempo de subsanar el error. Cuando lo advertimos, era demasiado tarde, pero consideramos que no era una cuestión importante.

ANGLADA.- ¿Cree que hay alguien capaz de dormir con esta lucería?

VOZ DE DAMIÁN.- Se acostumbrará.

ANGLADA.- Lo dudo.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Puedo hacerle una sugerencia?

ANGLADA.- Preferiría una solución.

VOZ DE DAMIÁN.- No la tengo, de momento. Mañana veremos qué se puede hacer.

ANGLADA.- Venga, entonces, la sugerencia.

VOZ DE DAMIÁN.- Pruebe a cubrirse los ojos con un antifaz. En algún sitio puse uno.

ANGLADA.- Excelente idea.

VOZ DE DAMIÁN.- Casi todos los males tienen remedio.

ANGLADA.- Veremos si éste también.

VOZ DE DAMIÁN.- Estoy seguro. Que descanse, señor Anglada.

(ANGLADA busca el antifaz. Revuelve en el armario y vacía varios cajones antes de encontrarlo bajo la almohada. Se lo ajusta ante un espejo y se dirige a tientas hacia la cama. La deshace y se tiende boca arriba. El sueño le vence poco a poco. Tras un prolongado silencio, se oye una lejana algarabía infantil. A medida que se aproxima, las voces se hacen nítidas.)

VOCES DE NIÑOS.- A las cuatro esquinas... Al escondite inglés... Tú la llevas... Siete, ocho y nueve, el que no se haya escondido que se esconda... No has contado hasta diez... Javi, te he visto. Detrás de la puerta... Sal de una vez... A las prendas... A justicias y ladrones... A las prendas o no juego... Antón, Antón perulero, cada cual que aprenda su juego y el que no lo aprenda pagará una prenda... A la semana... No sé ir a la pata coja... Pisas raya, pisas semana... A dola... A la comba... Yo doy... Tú no sabes... Que dé Rosa... Doy doubles mejor que tú... Entra... ¿Lo ves?... Lo echamos a suertes... A cara o cruz... ¡Cara!... ¡Cruz!...

(ANGLADA se agita inquieto.)

VOZ DE NIÑO.- A la gallina ciega.

ANGLADA.- (Musitando entre sueños.) A eso no.

VOZ DE NIÑA.- ¿Quién se queda?

VOZ DE NIÑA.- Anglada.

ANGLADA.- No. Otra vez no.

VOCES DE NIÑOS.- ¡Anglada! ¡Anglada! ¡Anglada!

ANGLADA.- (Poniéndose de pie.) ¡He dicho que no!

VOZ DE NIÑO.- Ponte la venda.

(ANGLADA da vueltas con los brazos extendidos en el centro de un imaginario corro.)

ANGLADA.- No vale hacer mamolas.

VOCES DE NIÑOS.- Vale todo... Adivina quién te dio, que la mano te cortó... ¡Eres un tramposo!... Ves por

debajo de la venda...

ANGLADA.- (Arrancándose el antifaz.) ¡Basta! ¡Se acabó el juego!

(ANGLADA jadea. Arroja la pieza al suelo.)

El antifaz no resuelve nada.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Acaso le resulta incómodo?

ANGLADA.- También. Pero lo que no soporto es saber que a mi alrededor sigue habiendo luz. He tratado de acostumbrarme. Es inútil. Ha pasado una semana y veo que no lo consigo. Me produce una sensación extraña. Sé que estoy solo, pero tengo la impresión de todo lo contrario. Me parece oír pasos y voces. Me imagino en el centro de un corro de gente que estuviera jugando conmigo a la gallina ciega. De pequeño, no me gustaba ese juego y menos que me tocara quedarme. Siempre hacía trampa para ver o me arrancaba la venda antes de tiempo. Y eso es lo que acabo de hacer con el antifaz. No volveré a usarlo... ¿Sigue ahí, Damián?

VOZ DE DAMIÁN.- Desde luego.

ANGLADA.- Hable. Diga algo.

VOZ DE DAMIÁN.- No encuentro palabras de alivio.

ANGLADA.- ¿No han pensado en trasladarme a otro sitio? No me importaría que tuviera menos comodidades...

VOZ DE DAMIÁN.- Imposible. Es peligroso. En las calles hay controles.

ANGLADA.- ¿Tengo que seguir aquí?

VOZ DE DAMIÁN.- Mientras las circunstancias no cambien...

ANGLADA.- ¡No puedo creerlo! ¿Alguna vez ha vivido

algo parecido?

VOZ DE DAMIÁN.- Confieso que no.

ANGLADA.- Haga un esfuerzo. Póngase en mi lugar.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Qué conseguiríamos?

ANGLADA.- Buscaría una salida a esta absurda situación.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Me acusa de pasividad, señor Anglada?

ANGLADA.- Usted lo ha dicho.

VOZ DE DAMIÁN.- Es injusto. Hago cuanto puedo por hacer llevadera su estancia.

ANGLADA.- ¡No hace nada!

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Nada? ¿Y usted? ¿Qué hace usted? Exigir. Sólo exigir. Aparte de quejarse, ¿qué ha discurrido para resolver el problema? ¡Lo suyo es mandar! Está hecho a mandar. Pruebe a pensar también.

ANGLADA.- No hago otra cosa. Mi cabeza no deja de dar vueltas.

VOZ DE DAMIÁN.- Escuche, señor Anglada. ¿No se le ha ocurrido aflojar las bombillas?

(ANGLADA salta al suelo y estalla en carcajadas.)

¿Qué le hace tanta gracia?

ANGLADA.- ¿Me toma el pelo, Damián?

VOZ DE DAMIÁN.- ¿He dicho alguna impertinencia?

ANGLADA.- Tratándose de bombillas, su idea ha sido luminosa. Pero ese creador de asombrosas instalaciones eléctricas, ese aprendiz de Dios que hizo la luz para alumbrar el día y se olvidó de que por las noches se apaga,

ha culminado su disparatada obra poniendo las lámparas fuera de mi alcance. Ni encaramado al armario, ni sobre una pila de muebles, sería capaz de tocarlas. ¡Necesitaría una escalera de mano para llegar al techo! ¿Por que no me consigue una? ¡Demuestre de una vez que está dispuesto a echarme una mano!

VOZ DE DAMIÁN.- Ni la que soñó Jacob, con ser tan alta, serviría.

ANGLADA.- ¡Váyase al diablo!

(ANGLADA busca una botella de güisqui y se sirve.)

VOZ DE DAMIÁN.- Señor Anglada...

ANGLADA.- ¡Al diablo!

VOZ DE DAMIÁN.- Tengo el encargo de ayudarle y voy a hacerlo a pesar de sus lindezas.

ANGLADA.- Mi situación no es agradable.

VOZ DE DAMIÁN.- Por eso no le guardo rencor.

ANGLADA.- ¿Me permite que lo dude?

VOZ DE DAMIÁN.- Comprendo su estado de ánimo.

ANGLADA.- (Bebe.) Déjeme en paz.

VOZ DE DAMIÁN.- Estoy convencido de que se me ocurrirá algo eficaz. Deme tiempo.

ANGLADA.- ¿Cuánto?

VOZ DE DAMIÁN.- Tiempo. El que necesite.

ANGLADA.- Cada hora es una eternidad.

VOZ DE DAMIÁN.- Sólo sesenta minutos, amigo Anglada. Ni uno más. Siéntese al piano. Relájese. Confíe en mí.

(ANGLADA pone la botella y el vaso sobre el piano.
Se sienta. Suenan lentas las notas al tacto de sus
manos, que se deslizan pausadas sobre el teclado.
Poco a poco, como si sus dedos se hubieran vuelto
rígidos, la música deriva en un maceo frenético y seco.
El estruendo ahoga la voz de DAMIÁN, que llama a
ANGLADA. Al fin la oye cuando, agotado, deja caer la
cabeza y los brazos sobre las teclas.)

Señor Anglada... Señor Anglada... ¡Señor Anglada!...
¡¡Señor Anglada!!

ANGLADA.- ¿Qué hay?

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Es qué no me oía?

ANGLADA.- Estoy borracho de música y güisqui. Si no
me trae buenas noticias, déjeme en paz.

VOZ DE DAMIÁN.- Vislumbro el final del túnel. Veo
un rayo de luz.

ANGLADA.- ¿Más luz? ¡No, por favor!

VOZ DE DAMIÁN.- Ha sido una expresión
desafortunada. Lo siento, créame.

ANGLADA.- Al grano.

VOZ DE DAMIÁN.- He conseguido un manual de
electricidad.

ANGLADA.- ¡Bravo! (Se sirve un trago.) ¿Hay algún
capítulo dedicado a los eclipses de bombilla?

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Qué quiere decir?

ANGLADA.- Me refiero a la pérdida de su luz por
interposición de un cuerpo opaco.

VOZ DE DAMIÁN.- Desde luego que no.

ANGLADA.- ¿Y a la creación de crepúsculos artificiales?

VOZ DE DAMIÁN.- Desbarra.

ANGLADA.- ¿Para qué queremos, entonces, ese libro?

(Mientras DAMIÁN habla, ANGLADA continúa bebiendo sin prestarle la más mínima atención.)

VOZ DE DAMIÁN.- He forzado la puerta del cuadro de distribución eléctrico. Hay una maraña de cables y un tablero lleno de pilotos, relojes y fusibles. Yo soy un profano en la materia. No sabría cómo meter mano en este laberinto. El manual, por lo que llevo leído, puede sernos útil. Al fin y al cabo, sólo se trata de averiguar qué hilos vienen del sótano y de instalar un temporizador que apague y encienda automáticamente la luz. También he conseguido algunas herramientas: unos alicates, un par de destornilladores... Lo imprescindible. ¿Qué opina?

(ANGLADA no responde.)

¿Qué opina, señor Anglada?

ANGLADA.- ¿De qué?

VOZ DE DAMIÁN.- De lo que pienso hacer, de lo del temporizador...

ANGLADA.- Dudo que por mal que lo haga, mi situación vaya a empeorar.

VOZ DE DAMIÁN.- Entonces, ¿vamos allá?

ANGLADA.- Haga lo que mejor le cuadre.

VOZ DE DAMIÁN.- No se hable más. Veamos... ¿Por dónde empiezo? ¿Cree que es peligroso enredar en los cables?

ANGLADA.- Personalmente, tengo mucho respeto a los

voltios.

VOZ DE DAMIÁN.- Sentimos prevención ante lo que desconocemos. Y sobre los voltios, el manual no es demasiado explícito. ¿Usted sabe lo que es un voltio?

ANGLADA.- Con franqueza, no.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Le dice algo esto? *Unidad de potencial eléctrico y de fuerza electromotriz.*

ANGLADA.- (Mientras busca otra botella en el mueble bar.) No, no. Desde luego que no.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Y esto otro? *Es la diferencia de potencial que hay entre dos conductores cuando al transportar entre ellos un culombio se realiza un trabajo equivalente a un julio.*

ANGLADA.- Aún menos.

VOZ DE DAMIÁN.- Confío en que no sea imprescindible saberlo para hacer el arreglo.

ANGLADA.- Temo, Damián, que no llegue a parte alguna. No confío en que sea usted quien ponga fin a mis desveladas noches. Así que, si no le molesta, mientras trajina en ese diabólico armario, yo sigo entregado a la placentera ocupación de ponerme ciego de alcohol.

VOZ DE DAMIÁN.- Al menos, avíseme de cualquier cambio que observe en la iluminación.

ANGLADA.- Descuide. Ninguna de las luminarias que me rodean escapa a mi mirada.

VOZ DE DAMIÁN.- Esté atento. Voy a cortar un cable. ¡Ya está! ¿Alguna novedad?

ANGLADA.- Continúa el suministro. Los veneros de luz siguen, pues, intactos.

VOZ DE DAMIÁN.- Probaré con otro. Los hay de

varios colores. Rojos, azules, verdes, amarillos, blancos...
¿Cuál elegiría usted?

ANGLADA.- Por mí puede cortarlos todos. O dejarlos como están, tanto me da.

VOZ DE DAMIÁN.- El rojo. Veamos si esta vez he dado con el circuito correcto... ¡Albricias! Algo ha sucedido. Se han apagado tres pilotos. ¿Y ahí?

ANGLADA.- Las lámparas siguen alumbrando cada rincón de este encierro. ¿Por qué no lo deja, Damián?

VOZ DE DAMIÁN.- En mi opinión, hemos dado un gran paso.

ANGLADA.- ¿Va a seguir intentándolo?

VOZ DE DAMIÁN.- Por supuesto.

ANGLADA.- Si de verdad quiere ser útil, déjese de chapuzas y ocúpese de mantener surtido el bar. Empieza a notarse el déficit de bebidas.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Es mucho pedirle una pizca de fe en lo que hago, que no sea tan escéptico?

ANGLADA.- Lo soy por necesidad. Me niego al optimismo. No me siento con fuerzas para soportar más engaños. ¡Rechazo lo que está haciendo! Desde este preciso momento, dejo de prestarle mi colaboración. ¡Apáñeselas solo!

VOZ DE DAMIÁN.- No le tomo en cuenta sus despropósitos. Está ofuscado.

ANGLADA.- El güisqui es mi tabla de salvación. A ella me agarro.

(Se oye un ruido seco, como una descarga eléctrica. La pantalla de la televisión se ilumina, aunque no ofrece imágenes, ni sonido.)

¿Qué ha hecho?

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Pasa algo?

ANGLADA.- La televisión se ha encendido sola. Pero no hay sonido y la pantalla está en blanco.

VOZ DE DAMIÁN.- Apáguela, por favor.

ANGLADA.- (Accionando el mando a distancia.)

¡Imposible!

VOZ DE DAMIÁN.- Estoy manipulando en un registro. Insista.

ANGLADA.- (Tirando el mando a distancia.)

¡Maldita sea! Deje las cosas como estaban.

VOZ DE DAMIÁN.- Ha debido ser un cortocircuito. Aunque los fusibles no han saltado. Están intactos. ¿Usted lo entiende?

ANGLADA.- (Arrojando el vaso contra la pared.)

¡¿Qué quiere que entienda?!

(De pronto, la luz pierde intensidad. ANGLADA mira hacia el techo.)

¡Damián! La luz pierde fuerza.

VOZ DE DAMIÁN.- La madeja empieza a desenredarse. No pretendo echar las campanas al vuelo, pero el primer paso está dado.

ANGLADA.- Sería un milagro. Si lo logra, yo...

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Qué, señor Anglada?

ANGLADA.- Soy reacio a reconocer mis errores, pero le juro que en esta ocasión no tendré reparo en hacerlo. No sabe cómo agradecen mis ojos esa luz mortecina.

VOZ DE DAMIÁN.- En unos segundos se apagará. Aproveche para descansar. Mientras, instalaré el temporizador. Luego, ya sin prisas, lo programaremos a su voluntad.

ANGLADA.- Prefiero mantenerme despierto. Tiempo tendré de dormir a pierna suelta.

(ANGLADA no aparta la mirada del techo. Viendo que nada sucede, se impacienta.)

¿Le falta mucho?

VOZ DE DAMIÁN.- Empalmar los cables sueltos.

¿Por qué lo pregunta?

ANGLADA.- No acaban de apagarse las bombillas. Dijo que era cuestión de segundos.

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Está seguro de que todavía lucen?

(La luz empieza a parpadear.)

ANGLADA.- Sí. Bueno..., no exactamente. Parpadean.

VOZ DE DAMIÁN.- Aguarde... **(La luz se apaga. Sólo permanece iluminada la pantalla del televisor.)**

¿Ahora?

ANGLADA.- ¡Por fin! ¿Qué era?

VOZ DE DAMIÁN.- Una clavija que estaba floja.

ANGLADA.- Un trabajo perfecto. Le felicito.

VOZ DE DAMIÁN.- Agradézcaselo al manual de electricidad.

ANGLADA.- Guárdelo como oro en paño. Quién sabe si

volverá a necesitarlo.

VOZ DE DAMIÁN.- Si antes lo dice...

ANGLADA.- ¿Algo va mal?

VOZ DE DAMIÁN.- He detectado una pequeña anomalía. Un chisporroteo junto al temporizador.

ANGLADA.- ¿Ve peligro de que se queme la instalación?

VOZ DE DAMIÁN.- No lo sé. Desde luego no son fuegos artificiales para celebrar el éxito. Esa aguja...

ANGLADA.- ¿De qué aguja habla?

VOZ DE DAMIÁN.- Sube muy deprisa. No sé qué mide ese aparato. Es un e-lec-tró-me-tro.

ANGLADA.- Consulte el libro.

VOZ DE DAMIÁN.- Eso hago.

ANGLADA.- ¿Qué encuentra?

VOZ DE DAMIÁN.- Todo menos lo que busco. Estoy perdiendo un tiempo precioso. No queda más remedio que improvisar. Pidamos que salga bien.

(Instantes después, la luz vuelve bruscamente.)

ANGLADA.- ¡¡Dios, la luz de nuevo!!

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Quiere decir...?

ANGLADA.- ¡Como un fogonazo!

VOZ DE DAMIÁN.- No lo comprendo. Me he limitado a...

(La luz se apaga y se enciende. ANGLADA se cubre los ojos con ambas manos.)

ANGLADA.- ¡No hay quien lo soporte! ¡Se me quiebran

los ojos!

VOZ DE DAMIÁN.- Cíerrelos.

ANGLADA.- ¡Para qué? Los destellos perforan los párpados. Son como las ráfagas de luz de un faro loco. Van y vienen vertiginosamente. ¡Detenga este horror! ¡No se quede quieto! ¡Arranque los cables!

VOZ DE DAMIÁN.- No puedo tocarlos. Abrasan.

ANGLADA.- ¡Haga algo! ¡Deprisa! ¡Antes de que me vuelva loco!

VOZ DE DAMIÁN.- Me doy por vencido. No soy capaz de controlar el caos eléctrico.

ANGLADA.- ¡Tiene que hacerlo! ¡Usted lo ha desencadenado! ¡Suya fue la idea! ¡Yo quise quitársela de la cabeza!

VOZ DE DAMIÁN.- ¡Lo siento! ¡Lo siento! Estoy consternado.

ANGLADA.- ¡Pida ayuda!

VOZ DE DAMIÁN.- Tardaría en llegar.

ANGLADA.- Voy a salir. Antes que seguir en este infierno, prefiero arriesgarme a que me detengan y afrontar lo que venga.

(ANGLADA se dirige a la puerta. Busca el picaporte y advierte que carece de él. La golpea violentamente con los puños.)

¡Abra la puerta!

VOZ DE DAMIÁN.- No puedo.

ANGLADA.- ¿Quién se lo prohíbe?

VOZ DE DAMIÁN.- Nadie. Es cuestión de sentido

común. Su caída arrastraría la de otras personas.

ANGLADA.- No diga estupideces. No puede retenerme a la fuerza. ¡¿Es qué no lo entiende?!

VOZ DE DAMIÁN.- ¿No le parece que exagera, señor Anglada?

ANGLADA.- ¿De verdad lo cree?

VOZ DE DAMIÁN.- Admito que su situación no es cómoda.

ANGLADA.- Yo iría más lejos. Alguien pretende que no lo sea. Alguien, puede que usted, está jugando conmigo.

VOZ DE DAMIÁN.- Su apreciación es falsa. No es un juego.

ANGLADA.- No me importa cómo llame a lo que está haciendo. Diga únicamente lo que persigue. Si tengo que morir, no siento miedo. Conviene que lo sepa.

VOZ DE DAMIÁN.- Señor Anglada, apenas le conozco. Sé muy poco de usted. Si me cuentan que su trabajo en la brigada de investigación consistía en ordenar expedientes y clasificar los papeles que llegaban al archivo general, me lo creo. No tengo motivos personales para desear su muerte. Y tampoco soy un asesino a sueldo.

ANGLADA.- ¿Entonces?

VOZ DE DAMIÁN.- Me pagan por atenderle.

ANGLADA.- Por algo más.

VOZ DE DAMIÁN.- Cierto. Respondo de que las veinticuatro horas del día, durante el tiempo que permanezca aquí, sea prisionero de la luz. ¿Satisfecho?

ANGLADA.- Así, pues, su ayuda...

VOZ DE DAMIÁN.- Es fingida. No puedo negársela abiertamente, si usted la solicita. Es el aspecto menos

gratificante de mi trabajo. Tengo que convencerle de que conseguimos algo. Usted clama por algunas horas sin luz. No puedo satisfacerle. Pero le he dado unos segundos de oscuridad. Menos que una limosna, lo sé.

ANGLADA.- ¡No la quiero! ¡Esta intermitencia me saca de quicio! Dígame, ¿cuánto está previsto que se prolongue mi reclusión?

VOZ DE DAMIÁN.- Mi contrato finaliza pronto, aunque eso poco significa.

ANGLADA.- Tendré que hacerme a la idea de que si no apago yo, no lo hará nadie.

VOZ DE DAMIÁN.- Es inútil que lo intente.

ANGLADA.- Haga saber al miserable que ha tenido tan aberrante ocurrencia que no se saldrá con la suya. Yo encontraré la manera de reventar su invento.

VOZ DE DAMIÁN.- La instalación eléctrica queda fuera de su alcance.

ANGLADA.- Toda no. ¡Toda no! Tengo una cabeza y dos manos. Suficiente para salir del atolladero. **(Da vueltas por la estancia, sin rumbo fijo.)** Usted no me cree. A usted le hace gracia mi situación. Pero usted no sabe de lo que es capaz un hombre acorralado. Piensa, piensa... No para de pensar. Busca aquí y allá. Por todas partes. ¡Y de pronto...! De pronto, la solución. **(Abre el cajón de la mesilla en el que guardó la pistola.)** ¡Es increíble! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Cuantos sinsabores me hubiera ahorrado...

(Manipula la pistola. Apunta al techo. Dispara. Estalla una bombilla.)

VOZ DE DAMIÁN.- ¿Qué ha sido eso? ¿Un disparo?

ANGLADA.- Se le olvidó despojarme del arma.

VOZ DE DAMIÁN.- No tenía órdenes de hacerlo. ¿Ha roto una bombilla?

ANGLADA.- Siempre han elogiado mi puntería. Donde pongo el ojo, pongo la bala.

VOZ DE DAMIÁN.- Le felicito.

ANGLADA.- **(Dispara de nuevo.)** ¿No hará nada por detener mi mano?

VOZ DE DAMIÁN.- Sabe muy bien que no puedo abandonar mi puesto.

(ANGLADA continúa disparando. Las bombillas explotan provocando una lluvia de pequeños cristales. Los estallidos y las risas del certero tirador se confunden. Cuando del techo no llega ninguna luz, dirige el arma contra el televisor y revienta la pantalla. La oscuridad es total.)

ANGLADA.- Se apagó la última estrella. ¡Noche cerrada!

VOZ DE DAVID GONDAR.- Y eterna.

ANGLADA.- ¿Damián?

VOZ DE DAVID GONDAR.- Damián no está.

ANGLADA.- Extrañaba la voz. ¿Con quién hablo?

VOZ DE DAVID GONDAR.- Permítame que me presente. Me llamo David Gondar.

ANGLADA.- ¿Ha venido a sustituir a Damián, tal vez?

VOZ DE DAVID GONDAR.- No exactamente.

ANGLADA.- ¿Nos conocemos?

VOZ DE DAVID GONDAR.- Sí.

ANGLADA.- Su voz no me dice nada.

VOZ DE DAVID GONDAR.- No me sorprende. Ha pasado mucho tiempo.

ANGLADA.- Ayúdeme a recordar.

VOZ DE DAVID GONDAR.- Cómo no. Entonces usted me tuteaba. ¿Me permite que lo haga yo?

ANGLADA.- Por favor...

VOZ DE DAVID GONDAR.- Gracias. Hagamos memoria. Calabozos del Ministerio de la Gobernación. Tus hombres pretendían que les proporcionara cierta dirección y algunos nombres. Me negué. Ellos insistían. Recurrieron a todo para arrancarme la información. Resistí. Te consultaron y ordenaste que me llevaran a tu presencia. Lo hicieron inmediatamente. Me miraste fijamente a la cara, en silencio. Luego te dirigiste a los que me custodiaban y les dijiste: “Trátenle bien. Este hombre va a colaborar. Tomen nota de cuanto diga”. Y me hicieron entrar a una sala desde la que se veía, a través de un gran cristal oscuro, tu despacho. En un rincón tenías un piano. Exactamente igual que el que he hecho instalar ahí abajo. A una señal tuya, hicieron entrar a mi esposa. Yo no sabía que también estaba detenida y que había sido torturada. La invitaste a que se sentara frente a ti. Luego, tocaste el piano durante más de una hora. Parecías embelesado. Era como si tuvieras interés en que supiéramos que estábamos ante un ser extremadamente sensible. Acabaste. Cerraste el teclado y te dirigiste a ella. La desnudaste y la violaste en mi presencia. Fue brutal. Grité. Me arranqué los cabellos. Pedí a tu gente una pistola para levantarme la tapa de los sesos. Me la negaron. Quise romper el cristal que nos separaba y abalanzarme sobre ti. Incapaz de contemplar durante más

tiempo la atroz escena, desgarré con las uñas mis párpados, hundí los dedos, convertidos en agujones, en los ojos hasta llenarlos de sangre. Desde entonces vivo en las tinieblas. Como tú desde ahora. Compartimos, amigo mío, la misma desgracia.

ANGLADA.- ¡Maldita sea! ¿De esto se trataba? ¿De una venganza? ¡No fui yo quien destruyó tu vista! ¡Tú elegiste la ceguera!

VOZ DE DAVID GONDAR.- En tal caso, ¿por qué me culpas de la tuya? ¿Acaso la he provocado yo? ¿De qué venganza hablas? ¿Por qué no contemplas las cosas desde otro punto de vista? ¿No he sido yo quien ha evitado tu detención? ¿Has pensado qué hubiera sido de ti si hubieras caído en manos de otra de tus víctimas menos caritativa que yo? ¿Cuántos hubieran castigado tu infamia causándote el mismo daño que les infligiste? Yo, en cambio, te he traído a un lugar seguro y he puesto todo mi empeño en que no te faltara la luz, ese bien del que me está vedado gozar. ¿Qué me reprochas? Tus manos, no las mías, la han apagado.

ANGLADA.- Si es cierto que no te mueven el odio o el afán de venganza, sácame de aquí.

VOZ DE DAVID GONDAR.- Lo haría encantado si tuviera la llave. Damián se la ha llevado.

ANGLADA.- ¿Tardará en regresar?

VOZ DE DAVID GONDAR.- He prescindido de sus servicios. No fue capaz de cumplir mi encargo.

ANGLADA.- ¿Entonces?

VOZ DE DAVID GONDAR.- Conviene que te esfuerces por adaptarte a esta situación. Ya sé que no es fácil. Cuando la ceguera llega despacio, cuando se entra en

la penumbra poco a poco y uno advierte que los objetos van perdiendo su contorno y haciéndose borrosos, dedica todo su tiempo a aprendérselos para guardar su imagen en la memoria. Incluso dedica horas a contemplarse en el espejo para no olvidar su rostro. Ni a ti ni a mí se nos han dado tales posibilidades. La ceguera nos llegó de repente. Y aún debes agradecer que la tuya haya sido menos dolorosa que la mía.

ANGLADA.- Mis ojos están vivos. Conseguiré que vean en la oscuridad.

VOZ DE DAVID GONDAR.- Iluso. Pronto olvidarás hasta los colores. Tendrás por seguro que el arco iris tiene uno solo, el negro. Mejor te irá si aprendes a andar a tientas, a no tropezar a cada paso. Se hace tarde. Adiós.

ANGLADA.- ¡Aguarda! Tú has ganado esta perra partida. Si yo te pidiera perdón por lo que hice, ¿aparecería la maldita llave?

VOZ DE DAVID GONDAR.- He hecho demasiado por ti. Me debes la vida. ¿Qué más quieres?

ANGLADA.- ¡Libérame! ¡Seré tu lazarillo!

VOZ DE DAVID GONDAR.- Confío más en mi bastón.

Tanteos de bastón sobre el pavimento. Pronto se convierten en golpes secos y rápidos, que se van alejando. Cuando se extinguen, ANGLADA solloza. Con paso tambaleante, va de un extremo a otro de la estancia. Se oye el estrépito del brusco encuentro con paredes y muebles y el de los objetos que caen derribados al suelo. Y sus gritos. En medio del caos,

del piano van surgiendo suaves las notas del “Ecce! Regem Oedipoda” que cierra el *Oedipus Rex* de Stravinski. Se suman los demás instrumentos de una orquesta y, finalmente, los sollozos y los gritos de ANGLADA son ahogados por las voces del coro, que se compadece de su ceguera y le dice adiós.

El laberinto de Escher

Oscuro total. Se oyen pasos de alguien que desciende por una escalera. Se detiene. Suena la chicharra de un portero automático y se abre una puerta. Un haz de luz eléctrica penetra por el vano, iluminando un rectángulo estrecho y largo del sótano habitado por ANGLADA. Una bocanada de olor nauseabundo recibe al recién llegado, que no puede evitar un gesto de repugnancia. Por su vestuario y el casco de motorista que lleva sujeto al antebrazo, se trata de un MENSAJERO. Desde el umbral distingue a ANGLADA, que, rodeado de un inmenso desorden y de la suciedad causante del hedor, se agita en la butaca que ocupa y se yergue.

ANGLADA.- ¿Quién anda ahí?

MENSAJERO.- ¿No me ve?

ANGLADA.- ¿Cómo quiere que le vea a oscuras?

MENSAJERO.- Hay luz...

ANGLADA.- (Alzando la cabeza en busca de claridad.) No.

MENSAJERO.- En la escalera. ¿Por qué no enciende aquí? ¿Dónde está el interruptor?

ANGLADA.- No lo busque. No hay interruptor.

(ANGLADA no distingue la traza de ningún objeto. Sus ojos, largamente sumergidos en las tinieblas, han dejado de ver. Asume su ceguera con obligada resignación.)

¿Quién es usted? ¿Es el que me envía la comida por el montacargas?

MENSAJERO.- No. Seguramente se la manda el conserje que hay arriba. Yo soy mensajero.

ANGLADA.- Dígame. ¿Conoce al conserje? ¿Sabe si se llama Damián?

MENSAJERO.- Damián, no. Esquer... No, tampoco. Escher. Se llama Escher. Oiga, ¿por qué no se lo pregunta a él?

ANGLADA.- Lo hubiera hecho con mucho gusto si hubiera tenido la amabilidad de responder a mis llamadas. Al principio hablaba con el de arriba con frecuencia. Pero un buen día, los altavoces se quedaron mudos.

MENSAJERO.- ¿Me está diciendo que lleva aquí mucho tiempo?

ANGLADA.- Meses. Tal vez, años.

MENSAJERO.- ¿A oscuras?

ANGLADA.- A oscuras.

MENSAJERO.- Y solo. Porque está solo, ¿verdad?

ANGLADA.- Usted es la primera persona que me visita desde que llegué a este sótano.

MENSAJERO.- ¿Cómo ha podido soportarlo?

ANGLADA.- También yo querría saberlo. (**Hace una pausa.**) ¿Ha dicho que es mensajero?

MENSAJERO.- Sí, señor.

ANGLADA.- ¿Qué quiere de mí?

MENSAJERO.- Le traigo un paquete.

ANGLADA.- ¿Quién lo envía?

MENSAJERO.- En la agencia no me lo han dicho. A mí sólo me interesa el destino.

ANGLADA.- ¿Por qué no se lo ha dejado al conserje? Se llama... ¿Ha dicho Escher?

MENSAJERO.- Eso he dicho.

ANGLADA.- Él lo hubiera puesto en el montacargas.

MENSAJERO.- Tengo órdenes de entregarlo en mano.

ANGLADA.- Está bien.

MENSAJERO.- También hay una carta.

ANGLADA.- Léamela.

MENSAJERO.- El sobre está cerrado.

ANGLADA.- Ábralo y entérese de lo que dice.

MENSAJERO.- No sé si debo...

ANGLADA.- ¿No ve que estoy ciego?

MENSAJERO.- Perdón... No sabía...

(**ANGLADA se levanta y avanza hacia el MENSAJERO guiándose por su voz.**)

ANGLADA.- (Abriendo mucho los ojos.) Míreme a los ojos.

MENSAJERO.- (Observándose los con detenimiento.) Parecen sanos. No veo nada extraño. Ni una nube, ni una lesión.

ANGLADA.- Pero están muertos.

MENSAJERO.- No lo entiendo... ¿Para qué la carta?... Quizás el que se la manda no sabe de su ceguera.

ANGLADA.- ¿Qué más da? Lea ese papel.

MENSAJERO.- Como quiera.

(El MENSAJERO rasga el sobre y lee la carta en voz baja. Repite la lectura varias veces, como si no entendiera su contenido.)

ANGLADA.- ¿Qué dice?

MENSAJERO.- Bueno... No sé... Son cinco líneas... Tal vez usted lo entienda... Pone... “Amigo Anglada: si para conocer el contenido de la misiva has necesitado que te la lea su portador, eres libre. Puedes marcharte. Te ruego que aceptes el obsequio que acompaña a la carta. En tus actuales circunstancias, te será útil. Hasta siempre. David Gondar”.

ANGLADA.- (Entre dientes.) Hijo de puta. (Elevando la voz.) ¿Es todo?

MENSAJERO.- (Poniendo los objetos en manos de ANGLADA.) Tenga. El sobre, la caja... Misión cumplida.

ANGLADA.- ¿Se va?

MENSAJERO.- Aquí no pinto nada. Y, por lo que parece, usted tampoco.

ANGLADA.- ¿Me hará un favor?

MENSAJERO.- ¿Cual?

ANGLADA.- Acompañarme a casa.

MENSAJERO.- No puedo. Lo siento, créame.

ANGLADA.- No pretendo que lo haga gratis. Le pagaré.

MENSAJERO.- No se trata de eso. La agencia no me autoriza a hacer trabajos extras.

ANGLADA.- Al menos, ayúdeme a subir la escalera. Lléveme hasta la calle. Después, me valdré sólo.

MENSAJERO.- No soy experto en guiar ciegos. No lo he hecho nunca. Lo más que puedo hacer por usted es decirle a Escher que envíe a alguien a recogerle.

ANGLADA.- ¿Lo hará?

MENSAJERO.- Claro.

ANGLADA.- Dese prisa.

MENSAJERO.- Suerte, señor Anglada.

ANGLADA.- Deje abierta la puerta.

MENSAJERO.- De acuerdo.

(El MENSAJERO sale. ANGLADA le oye alejarse. Permanece inmóvil durante algún tiempo. La luz de la escalera le ilumina el rostro, pero no penetra en sus ojos, que la miran, bien abiertos, sin verla. Guarda la carta en un bolsillo y sopesa la caja. La abre lentamente. De su interior extrae un pequeño objeto. Lo palpa una y otra vez hasta descubrir que se trata de un bastón plegable de los que usan los ciegos. Lo arma. Avanza hacia la puerta y se detiene en el umbral.)

ANGLADA.- ¡Eh! ¿Hay alguien ahí arriba?... ¡Escher!
¿Puede oírme?

ESCHER.- **(Saliendo al rellano superior de la escalera.)** Perfectamente.

ANGLADA.- ¿La ha dicho el mensajero...?

ESCHER.- Me ha informado de su desgracia. Ya he pedido que envíen a un guía cuanto antes.

ANGLADA.- Gracias, un millón de gracias. Pero tal vez ya no necesite ayuda. Voy a subir. Tengo un bastón.

ESCHER.- Mejor, mucho mejor. Dicen que un buen bastón ve tan bien como un par de ojos.

ANGLADA.- Es posible. Lo sabré enseguida. Allá voy. Estoy impaciente por salir de este agujero. Llevo demasiado tiempo en él. **(Tantea con el bastón la altura y la profundidad del primer peldaño.)** Los escalones se aprenden en un santiamén.

(Sube unos cuantos hasta alcanzar un rellano. Busca un nuevo escalón. El bastón, manejado todavía con torpeza, no lo encuentra. ANGLADA gira su cuerpo lo suficiente para que, cuando al fin se decide a dar un paso al frente, lo haga hacia el lugar del que procede, de modo que, en lugar de ascender, desciende.)

¡Dios! ¿Qué pasa aquí?

ESCHER.- ¿Alguna dificultad?

ANGLADA.- Estoy descendiendo.

ESCHER.- No es posible.

ANGLADA.- ¡Lo es! Me siento perdido.

ESCHER.- No diga disparates.

ANGLADA.- Es como si bajara hacia un agujero tenebroso.

ESCHER.- Asomó el miedo.

ANGLADA.- ¿Miedo? ¿A qué?

ESCHER.- A la oscuridad.

ANGLADA.- La oscuridad no muerde.

ESCHER.- ¡Adelante, entonces!

ANGLADA.- ¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde pretende que vaya? ¿Cómo puedo estar seguro de que no me romperé la crisma contra un muro o de que no daré un paso en falso y me iré rodando escaleras abajo? Estoy desorientado. Baje por mí, se lo ruego.

ESCHER.- No puedo desatender la conserjería.

ANGLADA.- ¿Va a dejarme abandonado en medio de la escalera? ¿Va a hacerlo?

(ESCHER calla. A su lado se sitúa otro ciego bien trajeado y con bastón, que oculta sus ojos tras unas gafas de cristales negros. Es DAVID GONDAR.)

¿Qué responde, Escher?

(DAVID GONDAR entrega a ESCHER varias páginas arrancadas de un libro y señala con el dedo, alternativamente, lo que hay escrito en ellas y sus labios. Gestos suficientes, como cuantos hace el recién llegado, para que el conserje sepa cómo ha de actuar.)

ESCHER.- ¿Por qué no intenta guiarse por mi voz?

ANGLADA.- ¿Serviría de algo?

ESCHER.- La voz es la brújula de los ciegos.

(DAVID GONDAR asiente, mientras ANGLADA trata de situar la voz de ESCHER. Orientado por ella, rectifica su posición.)

¡Eche a andar de una vez! ¿A qué espera?

ANGLADA.- (Ascendiendo con cautela.) ¿Voy bien?

ESCHER.- Ya está en el buen camino. No se detenga.

ANGLADA.- Y usted no pare de hablar.

ESCHER.- Eso es más difícil. Soy hombre de pocas palabras. En cualquier momento se me acaban y me quedo mudo. ¿Y si le leyera alguna cosa?

ANGLADA.- Haga lo que le parezca con tal de que no se rompa el hilo que nos une.

ESCHER.- Esto le gustará. Es de una novela que me priva. Siempre la llevo encima para matar el aburrimiento. ¿Por dónde empezamos? ¿Le van los diálogos o prefiere la pura prosa? Quiero decir, los “¡ah!”, “¡oh!”, “¡Jesús, mil veces!”, “por mi honor lo juro”, “¿lo habéis pensado bien?”... o algo como esto. **(Leyendo de las páginas del libro.)** “Nuestro amigo dejó la oscuridad del túnel y salió a la limpia luz del alba. Echó a andar por aquellos valles, que a semejante hora estaban poblados por los cantares de infinitas aves. Atravesó un soto de castaños y nogales; un linar, cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna; praderas fresquísimas y de un verde delicioso”.

(ANGLADA, que había empezado a andar con buen paso, vuelve a hacerlo con lentitud. ESCHER interrumpe la lectura.)

¿Por qué sube tan despacio? ¿No irá a decirme que siente vértigo? ¿Acaso cansancio? A este paso, acabaré el libro y no habrá llegado.

ANGLADA.- ¿Le importaría saltarse unas cuantas páginas?

ESCHER.- ¡Hecho!

ANGLADA.- Gracias. Trataré de ir más deprisa. Siga, siga cuando quiera.

ESCHER.- **(Con parsimonia, recreándose.)** “Por la izquierda subían en un declive manso las montañas y por la derecha se dilataban hasta el río huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo, las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. El hombre, desembarazado ya de las angustias y sinsabores que de un tiempo atrás acibaraban sus horas, admiró aquel paisaje. ¡Delicioso espectáculo que proporcionaba a su alma, descargada de pesares, goces secretos y vivos!”.

(Los intentos de ANGLADA por ascender con mayor celeridad, fracasan. Desquiciado por la lectura, tropieza continuamente. Cae y cada vez encuentra más dificultades para ponerse en pie.)

ANGLADA.- **(Golpeando el suelo con el bastón.)**
¡Basta, Escher! ¡No lo soporto!

ESCHER.- ¿Qué es lo que no soporta?

ANGLADA.- Cambie de tema.

ESCHER.- La novela es así.

ANGLADA.- ¡Qué falta de originalidad!

ESCHER.- El autor disfruta describiendo el paisaje que rodea a los personajes. Creí que le gustaría.

ANGLADA.- Ya ve que no.

ESCHER.- Lo siento.

ANGLADA.- Guárdese el libro y hable de otra cosa. Y si no se le ocurre nada interesante, cuente de uno a mil o repita la misma palabra una y otra vez. ¡Sólo me interesa su voz, no lo que dice!

ESCHER.- Hace mal en dar la espalda al mundo. El mundo existe y existen esos paisajes, aunque usted no los vea. Imagíneselos si no quiere sentirse sumergido en un mar de engrudo negro.

ANGLADA.- ¡Cállese! Lograré salir sin su asistencia.

(A una señal de DAVID GONDAR, ESCHER abandona el rellano. ANGLADA, sirviéndose sólo del bastón, reanuda la ascensión. Cuando ha recorrido unos cuantos peldaños, la voz de ESCHER, procedente de otro lugar, rompe el silencio.)

VOZ DE ESCHER.- Cuidado con el escalón roto.

(ANGLADA se detiene.)

Pise con cuidado.

ANGLADA.- **(Desorientado.)** ¿Desde dónde me habla?

VOZ DE ESCHER.- Estoy en el rellano de arriba, junto a la salida.

ANGLADA.- Me ha parecido que la voz procedía de aquella parte.

VOZ DE ESCHER.- ¿De qué parte?

ANGLADA.- De mi derecha...

VOZ DE ESCHER.- Ha confundido el eco con la voz.

ANGLADA.- ¿Eco? ¿Aquí?

VOZ DE ESCHER.- ¿Por qué no? Es como un pozo cerrado. Hay paredes.

ANGLADA.- ¿Y ahora? No le oigo a la derecha. ¡Está a mis espaldas!

(ANGLADA se revuelve bruscamente hacia el sitio del que viene la voz de ESCHER. Pero la respuesta no viene de allí.)

VOZ DE ESCHER.- ¿Dónde?

ANGLADA.- ¡A mis...! ¡Estaba a mis espaldas! ¿Qué baile se trae? ¿Por qué unas veces me habla desde arriba y otras desde lo más hondo?

ESCHER.- **(Reapareciendo en el rellano.)** No soy yo el que se mueve. ¿Cómo podría estar en tantas partes a un tiempo? Sólo soy un conserje. Nada que ver con Dios. Es usted el que gira y gira como una peonza.

(La imaginación de ANGLADA ha ido dibujando en el aire escaleras imposibles que se funden con la real.

Ésta y aquellas, unidas por galerías y terrazas, forman, en lo que parece un desafío a las leyes de la perspectiva, una arquitectura de difícil geometría en la que el ciego se siente perdido.)

¿O no será que busca atajos donde no hay sino un solo camino que recorrer?

ANGLADA.- ¡Qué negra y larga distancia!

ESCHER.- ¡Recto, señor Anglada, siempre recto! Así. Taladrando la oscuridad. ¡Adelante! ¡Adelante hacia la salida! Cada vez está más cerca. ¡¡Cuidado!! ¡El escalón roto!

(ANGLADA tropieza y, en la caída, pierde el bastón. Intenta recuperarlo, pero queda fuera de su alcance. Extiende un brazo. Luego, el otro. Barre el suelo con las palmas de las manos y todo lo que recoge es polvo. Temeroso de ponerse en pie, anda a gatas de un lado a otro.)

Olvídense del bastón. Creo que no va a necesitarlo. Fuera hay unos cuantos candidatos a lazarillo.

ANGLADA.- ¡Uno, pronto!

ESCHER.- ¿No quiere entrevistarlos?

ANGLADA.- Cualquiera sirve.

ESCHER.- Usted manda.

(ANGLADA se levanta y trata de recomponer su figura. Se alisa la ropa y se sacude el polvo. Cuando da por concluido el ligero aseo, permanece estirado, con la cabeza erguida. Impaciente por la tardanza, que se le antoja excesiva, aguza el oído buscando captar algún ruido: pasos, voces, el de alguna puerta... Pero lo único que rompe el silencio es el resonar, como un inmenso tambor, de su propio corazón. A punto de perder la compostura, que va pareciendo

envaramiento, grita el nombre de ESCHER.)

ANGLADA.- ¡Escher! ¡Escher! ¡Escher! ¿Está ahí?

(Silencio.)

¡¡Escher!! ¿Puedo saber dónde se ha metido?

ESCHER.- (Obedeciendo la seña que le hace DAVID GONDAR.) Aquí me tiene, señor Anglada.

ANGLADA.- ¿Y bien?

ESCHER.- Traigo conmigo al señor Castel.

ANGLADA.- ¡Señor Castel!

DAVID GONDAR.- Sí...

ANGLADA.- ¿Sabe lo que tiene que hacer?

DAVID GONDAR.- Algo me han explicado.

ESCHER.- Muy por encima. No he entrado en detalles.

ANGLADA.- Yo se los daré.

DAVID GONDAR.- Le escucho.

ANGLADA.- Baje a por mí. Luego, quiero que me lleve hasta mi casa.

DAVID GONDAR.- ¿Para eso requiere mis servicios?

ANGLADA.- ¿Para qué, si no? ¿No se dedica a eso?

DAVID GONDAR.- ¿Qué dificultad encuentra en subir la escalera, salir a la calle y dirigirse a su casa? ¿Tan lejos vive que no conoce el camino?

ESCHER.- Olvidé advertirle, señor Castel, que el señor Anglada es ciego.

DAVID GONDAR.- ¿Ciego? Debió empezar por ahí. No hubiéramos perdido el tiempo. Ni ustedes, ni yo.

ANGLADA.- ¿Está diciendo que se niega a prestar el

servicio?

DAVID GONDAR.- Soy baquiano. No destrón, ni gomecillo. Esos son oficios menores. Mi especialidad es, como la de los prácticos de costa, guiar a los que transitan caminos difíciles o con muchos vericuetos.

ANGLADA.- Este los tiene.

DAVID GONDAR.- Aunque así fuera, he de confesar que los ciegos no me gustan nada. Siento delante de ustedes una impresión semejante a la que me producen ciertos animales, fríos, húmedos y silenciosos, como las víboras. Adiós, señores.

(DAVID GONDAR **continúa junto a** ESCHER.

ANGLADA **aprieta los puños y escupe.**)

ESCHER.- Lo siento de veras.

ANGLADA.- Traiga a otro. Pero adviértale que soy ciego. Tal vez convenga añadir que no de nacimiento. Y que conservo los párpados.

ESCHER.- No es posible. He despachado a los demás.

ANGLADA.- ¿A todos?

ESCHER.- A todos.

ANGLADA.- ¿Por qué?

ESCHER.- No los necesitábamos. Ya teníamos a Castel.

ANGLADA.- (**Vencido.**) ¿No había otro mejor?

ESCHER.- Era el más presentable.

(DAVID GONDAR **indica a** ESCHER **que descienda por la escalera. Éste lo hace con gran sigilo para que** ANGLADA **no se aperciba.**)

ANGLADA.- ¿Qué importaba su aspecto? Para salir de este laberinto no preciso que me acompañe un figurín.

ESCHER.- (Sin detenerse.) Ninguno de los que aguardaban lo era. Al contrario, los que no se parecían a esos burros que llaman livianos, que van delante de la recua, tenían la catadura de los salteadores de caminos. Más de uno le hubiera desnudado al doblar la primera esquina. Y no digamos cuantos, al primer roce, le hubieran indicado mal el camino para que se estampara contra un muro o se metiera de cabeza en un estanque.

ANGLADA.- No siga, que acabaré dándole las gracias por haber licenciado al personal. ¿Qué me diría si le pidiera que me buscara uno de esos perros de ciego? **(Antes de que ESCHER conteste.)** ¡Calle! Sé la respuesta. Que no hay perros de ciegos, que todos son de presa. Y los de presa, ya se sabe... Son bestias feroces. Al menor descuido, estiran el cuello, saltan sobre ti y te clavan los colmillos afilados. Son muy diestros despedazando ciegos.

(ESCHER está muy cerca de ANGLADA. Coge el bastón del suelo y, asiéndolo por la contera, pone la empuñadura en la mano del ciego. Éste calla. Lo ase, primero con precaución, luego con fuerza. Recorre con la mano toda la longitud de la vara y, acto seguido, la esgrime buscando tocar el cuerpo de quien se la ha entregado. Alejado ESCHER lo suficiente para que no le alcance, bate el aire y sólo encuentra el vacío. La escenografía imaginada por ANGLADA se va llenando de hombrecillos que suben y bajan las mil escaleras, que se deslizan por el suelo o que flotan en las más extrañas posturas.)

Siento su respiración, Escher. Me alcanza su aliento. Se está burlando de mí. Finge ayudarme, pero me conduce por caminos falsos en este laberinto diabólico. Tiene el papel bien ensayado. Esa novela con tantos árboles, pájaros y colores... ¿Hay vocabulario más cruel para un ciego? Y esos lazarillos tan peligrosos, ¿no se los ha inventado?

ESCHER.- Ha hablado con uno.

ANGLADA.- ¡Castel! ¿Quién me asegura, Escher, que entre sus habilidades no figura la de ventrílocuo?

ESCHER.- ¿Ventrílocuo yo?

ANGLADA.- No sigamos... ¿Dónde nos conocimos? ¿Cuándo y en qué lugar le torturé?

ESCHER.- Nunca le había visto antes.

ANGLADA.- ¿También he de creerme eso?

ESCHER.- Cumplo un encargo.

ANGLADA.- ¿De quién?

DAVID GONDAR.- Yo le pago.

ANGLADA.- ¿David Gondar?

DAVID GONDAR.- ¿No lo habías adivinado?

ANGLADA.- Un ciego no vejaría así a otro ciego. Escher, aquí sólo estamos usted y yo. Es un malabarista de las voces.

DAVID GONDAR.- ¡Pobre necio! Qué pena que no pueda verte. Cuéntame algo de él, Escher.

ESCHER.- Parece un maniquí. No, un maniquí no. Los ojos de los maniqués no se mueven, tienen una fijeza quieta... parece otra cosa. Un sonámbulo. Un sonámbulo avariento de imágenes. Eso es. Un sonámbulo con los ojos bien abiertos, levantados como si miraran a lo lejos.

DAVID GONDAR.- ¿Qué buscan en el cielo esos globos muertos? Aunque, en realidad, ¿qué más da que estén vueltos hacia las alturas que hacia el suelo? Al fin y al cabo, si no pueden ver las puntas de los zapatos para saber dónde pisa...

ANGLADA.- Ahora sí te reconozco. Oye esto. No estoy ciego del todo.

DAVID GONDAR.- (Con un gesto de preocupación.) ¿Ves algo?

ANGLADA.- Para sumirme en la ceguera absoluta, hubieras debido matarme.

DAVID GONDAR.- Cada cosa a su tiempo.

ANGLADA.- Te arrepentirás de no haberlo hecho. Más allá de mis ojos, la luz no existe para mí. (Señalándose la cabeza.) Pero aquí dentro, sí. Es la luz de la memoria. Y esa, mientras viva, seguirá encendida. David Gondar: pagarás por lo que me estás haciendo.

(DAVID GONDAR estalla en carcajadas. ESCHER
regresa a su lado.)

DAVID GONDAR.- Vámonos, Escher.

ANGLADA.- (Empeñado en alcanzar el rellano alto.) ¡Espera!

DAVID GONDAR y ESCHER abandonan la escalera. La puerta se cierra con estrépito. ANGLADA tiembla de ira. A su alrededor, los hombrecillos, cuyos cuerpos muestran tales mutilaciones que apenas pueden moverse, se van metamorfoseando en raros ángeles, diablos negros, reptiles, saltamontes, perros alados,

peces voladores y pájaros. De estos, los más grandes, vuelan sobre su cabeza y se lanzan sobre los ojos para arrancárselos con sus picos afilados. Se los cubre, mientras su cuerpo se contrae y se acurruca contra los peldaños.

Roberta

Planicie. A un lado del piso, en primer término, se abre un hueco que comunica con una escalera. Más atrás, un piano y, sobre la tapa, un libro. En el extremo opuesto, un sillón ocupado por DAVID GONDAR. Cerca, apoyado en un soporte de caoba, un reloj de agua. En un perchero de pie hay colgados un impermeable de mujer y un bolso. Sobre el fondo se proyecta una lámina de anatomía que reproduce la sección de un ojo. ROBERTA, una mujer joven, lee a media voz los rótulos que acompañan al dibujo.

ROBERTA.- *Músculo recto superior, conjuntiva esclerosal, músculo ciliar, iris, córnea, canal de Cloquet, pupila, cristalino, esclerótica anterior, coroides, retina, nervio óptico, lámina cribosa, humor vítreo...*

DAVID GONDAR.- (Dando un golpe seco con el bastón.) Silencio... (Escucha.) ¿Oyes?

ROBERTA.- Algo. Unas pisadas...

DAVID GONDAR.- Es él. Asómate a la escalera...

ROBERTA.- (Inclinándose sobre el hueco abierto en el suelo.) Sube muy despacio.

DAVID GONDAR.- ¿Está cerca?

ROBERTA.- Sí.

(La espera, sin embargo, se hace larga. DAVID GONDAR da muestras de impaciencia, que no cesan hasta que los pasos y el bastoneo del que sube se sienten próximos.)

Ya llega.

DAVID GONDAR.- Apártate. ¿Recuerdas tu papel?

ROBERTA.- Al pie de la letra.

(ROBERTA se sitúa junto al piano. Por el hueco emerge, poco a poco, la figura de ANGLADA. Busca nuevos escalones y, como no los encuentra, cree haber llegado a otro rellano. Tantea más lejos. A medida que el espacio llano se va extendiendo a su alrededor, crece en él la esperanza de haber llegado al final de la ascensión. Cuando pisa territorio ya explorado, su paso es decidido. Pero cuando calcula que llega a las fronteras de lo desconocido, se torna desconfiado. ROBERTA golpea una tecla del piano. ANGLADA se sobresalta. Durante unos segundos, aguarda que suene otra nota.)

ANGLADA.- ¿Hay alguien aquí?

ROBERTA.- Yo.

ANGLADA.- ¿Quién es usted?

ROBERTA.- ¿Y usted? Por ahí debemos empezar. ¿Qué hace en mi casa?

ANGLADA.- ¿En su casa...?

ROBERTA.- ¿Cómo ha entrado?

ANGLADA.- Verá, señora... (**Duda. Niega con la cabeza.**) Aunque se lo explicase, dudo que lo entendiera.

ROBERTA.- ¿Por qué no lo intenta?

ANGLADA.- Ni yo mismo sé muy bien qué ha pasado.

ROBERTA.- Dígame que ha encontrado la puerta abierta.

ANGLADA.- No, porque no es cierto.

ROBERTA.- Hace bien en no mentir. Le hubiera contestado que David Gondar no acostumbra a dejar abierta la puerta de su casa. Y menos cuando está ausente.

(**ANGLADA, sorprendido por las palabras de ROBERTA, es incapaz de pronunciar una sola palabra.**)

¿No tiene otra respuesta a mano? Vamos, inténtelo antes de que le ponga de patitas en la calle. Seguro que se le ocurren varias a cuál más ingeniosa.

ANGLADA.- Si le digo que no he visto dónde me metía...

ROBERTA.- Dadas sus circunstancias personales, le creo.

ANGLADA.- Y si añado que, no sé si por azar o por cualquier otra causa que no me alcanza, he llegado justamente al lugar que iba buscando, a la casa de David Gondar...

ROBERTA.- ¿Conoce a mi padre?

ANGLADA.- De antiguo. Eran tiempos de lucha. Ninguno de los dos habíamos perdido la vista todavía. No

es otro chiste decir que llegamos a vernos las caras. La última vez que hablé con él, le prometí una visita. Y aquí estoy. Lamento que mi entrada en la casa haya sido más propia de un intruso que de gente honrada. ¿Me pregunto cómo he podido llegar hasta aquí, donde quiera que estemos, sin pulsar un timbre?

ROBERTA.- Ustedes, los ciegos, poseen un gran sentido de la orientación. Lo sé por mi padre. Es verdad que nunca he conocido un caso tan extraordinario como éste, en que alguien que se dirige al domicilio de un amigo acaba apareciendo en el salón.

ANGLADA.- ¿Podrá disculpar el susto que la he dado?

ROBERTA.- Está olvidado.

ANGLADA.- ¿Así ya no me pondrá....? ¿Cómo ha dicho?

ROBERTA.- De patitas en la calle.

ANGLADA.- De patitas en la calle. ¡Eso es!

ROBERTA.- Por supuesto que no.

ANGLADA.- Me quita un gran peso de encima.

ROBERTA.- Cuando llegue mi padre, ¿a quién debo anunciar?

ANGLADA.- Me llamo Anglada. Pero no le diga mi nombre. Únicamente que le aguarda un amigo. Quiero darle una sorpresa.

ROBERTA.- ¿Anglada? **(Finge hacer memoria.)**
Nunca le he oído hablar de usted.

ANGLADA.- Tampoco él me dijo que tuviera una hija.

ROBERTA.- Estamos, pues, en paz. Dos perfectos desconocidos frente a frente.

ANGLADA.- Usted ya sabe mi nombre. ¿Cuál es el

suyo?

ROBERTA.- Roberta.

ANGLADA.- ¿Es tan bella como su madre?

ROBERTA.- No lo sé. Yo era niña cuando murió.

ANGLADA.- Tendrá fotos...

ROBERTA.- Las quemó cuando papá perdió la vista. Después, no quiso hacerse ninguna.

ANGLADA.- Era encantadora. Morena, los ojos grises, el rostro resplandeciente...

ROBERTA.- Papá nunca habla de ella.

ANGLADA.- David ha sufrido mucho. Fue muy duro. Para todos.

ROBERTA.- **(Ignorando las palabras de ANGLADA.)** Usted recuerda muy bien a mi madre. ¿Cree que me parezco a ella?

ANGLADA.- Ojalá, pero ¿cómo saberlo? Es una desgracia que no pueda verla.

ROBERTA.- Míreme con las manos.

(Cogiéndole la que tiene libre y llevándola hasta su rostro.)

¿No se sirven los ciegos del tacto para ver? ¿Cuántas cosas han contemplado estos dedos?

(ANGLADA, muy turbado, la acaricia.)

¿No me responde?

ANGLADA.- Ninguna como ésta.

ROBERTA.- ¿Reconoce algún rasgo de mi madre?

ANGLADA.- Cada milímetro de su piel está reproducido en la de usted. **(Apartando la mano bruscamente.)** No me malinterprete.

ROBERTA.- Me gusta lo que ha dicho.

ANGLADA.- **(Tras un breve silencio.)** Apuesto a que guarda otros parecidos con su madre.

ROBERTA.- ¿Usted cree? Por ejemplo...

ANGLADA.- Amaba la música. ¿Y usted?

ROBERTA.- Me encantaba. Ahora creo que la detesto tanto como papá.

ANGLADA.- Pero aquí hay un piano. Al llegar escuché una nota.

ROBERTA.- Toco cuando él no está. No consiente que lo haga en su presencia.

ANGLADA.- La he interrumpido...

ROBERTA.- No importa. Al principio esperaba con impaciencia a que papá se fuera para ponerme al piano. Gozaba. Pero la música acabó siendo la medida de sus cada vez más largas ausencias. Siempre sola en la casa... **(Se sienta ante el instrumento y sus dedos se deslizan mecánicamente sobre el teclado, recorriéndolo lentamente de un extremo a otro.)** Las esperas se hacen tediosas. Pulso las teclas, como ahora. No arranco sonidos agradables. No producen ningún deleite, no conmueven... Son como el tic-tac de un reloj. Señalan el paso del tiempo. Y aunque mis dedos golpeen frenéticos, jamás consigo que avance más deprisa. A veces abro las ventanas y me esmero en convertir la música en un reclamo para los de fuera. **(Las notas se van ordenando hasta hacer reconocible la compuesta por Benjamin Britten para *La violación de Lucrecia.*)** Es sorprendente, pero nadie se

acerca.

ANGLADA.- Excepto hoy.

ROBERTA.- ¿Lo dice por usted? No ha sido la música lo que le ha atraído. Viene a visitar a mi padre. Nada que ver con un intruso. Nada que ver con el desconocido que se desvía de su camino y se detiene a escuchar...

(ROBERTA salta de un pasaje a otro de la ópera hasta llegar al que anuncia el asalto de Sexto Tarquino a la protagonista. DAVID GONDAR se aferra a los brazos del sillón. Así alivia la tensión que refleja su rostro crispado.)

ANGLADA.- ¿Puedo pedirle que toque otra cosa?

ROBERTA.- ¿No le gusta Britten?

ANGLADA.- Esa partitura...

ROBERTA.- Le desagrada.

ANGLADA.- No es éste el lugar en que me apetece escucharla, ni el momento.

ROBERTA.- ¿Le trae malos recuerdos?

ANGLADA.- Buenos o malos... ¿qué más da?

ROBERTA.- ¿Qué hará si no atiendo su ruego? ¿Levantar la tapa del piano y romper las cuerdas y los martillos?

ANGLADA.- No siga. Se lo suplico.

ROBERTA.- Este pasaje, y no otro, es mi reclamo.

ANGLADA.- No parece el más eficaz. No ha logrado atraer a nadie.

ROBERTA.- Puede que el piano esté mal ajustado. O que los hombres sean idiotas. No importa. Esta música

alimenta mis sueños. ¿No cree que es una razón para no dejar de tocarla?

ANGLADA.- ¿Cómo son sus sueños?

ROBERTA.- Eróticos, naturalmente. **(Toca en silencio.)** ¿Quiere conocerlos?

ANGLADA.- ¿Acostumbra a contarlos?

ROBERTA.- Usted sería el primero en escucharlos.

ANGLADA.- ¿Por qué yo?

ROBERTA.- No lo sé. Me inspira confianza. Tengo la impresión de que mi madre también le confiaba alguno de sus secretos. ¿Me equivoco? ¿No fue usted su confidente? ¿Calla? Luego otorga. Ahora me atrevo a confesarle que, apenas le he visto, he tenido el presentimiento de que mis más excitantes y vulgares sueños se harían realidad. Siempre empiezan del mismo modo. **(Deja de tocar, coge el libro que hay sobre el piano y lo apoya, abierto por la página señalada, en el atril. Lee.)** Entorno los ojos mientras toco. Oigo la puerta de la calle y pasos que no son los de papá. Cuando al fin miro, veo ante mí a un tipo descomunal de aspecto grosero. No dice nada. No se mueve. Pero su mirada anuncia las intenciones que trae. Empiezo a sudar y, asustada, escapo hacia el interior de la casa. Me refugio en el cuarto de baño. Es mi territorio. El lugar en que me creo más segura. Me siento en el retrete y meo a más y mejor. Aún no he acabado, cuando el visitante anónimo, guiado por el ruido de la cascada de orina, irrumpe en la pequeña habitación, se desabrocha la bragueta y deja salir un miembro gigantesco. “Váyase”, le digo. Y él, sin hacerme caso, cierra la puerta. Me agarra por la muñeca, me obliga a levantarme, me desabrocha la blusa y hace saltar mi sostén. Acaricia mis pechos, los pezones

rosas... Tengo los pezones de color rosa, ¿sabe? Y pequeños. Pero él logra hacerlos crecer y endurecerlos. Sin abandonarlos, me muerde en el cuello. Intento, por pudor, librarme del asalto. No puedo. Ya me ha arrancado la falda. No sé cómo consigue abrazar mis piernas, acercar la boca a mis muslos, recorrerlos hasta alcanzar el matorral que escondo entre el encaje de las bragas. Endereza el oscuro vello con la lengua y su punta se desliza en mi interior. Le empujo con todas mis fuerzas. Trato de apartarle, pero él continúa su avance a través de los pliegues húmedos. “¿Adónde quiere llegar?”, pregunto, incapaz de defender mi cuerpo. No hay respuesta. Y yo le dejo hacer. Me resigno. Empiezo a sentir su ofensa como una delicia. Dejo que el mirlo pasee libremente por ese pozo que empieza a despedir un espeso olor acre, que se aventure hasta alcanzar los más profundos rincones... Cuando la exploración concluye, siento la tentación de coger su cabeza entre mis manos y apretarla contra mí para que la atrevida lengua repite el viaje. Pero no es posible. El intruso se ha puesto en pie y ha reulado. De nuevo contemplo el cimbel. Un fascinante pedazo de carne viva. Sé que voy a ser atravesada de abajo a arriba por ese glande redondo y liso. ¿A qué negarle la entrada? Me abro y aguardo impaciente el asalto. Las manos del violador se adueñan de mis nalgas, las atrae y me penetra brutalmente. Siento una sacudida que me recorre de la cabeza a los pies. Y enseguida, una agradable untuosidad. La agitación del coloso me produce un vértigo intenso. Entreabro los labios para que el hombre los llene de besos y los muerda. Y cuando, al fin, descarga y se retira, siento una saludable fatiga.

(ANGLADA rodea el piano hasta situarse detrás de
ROBERTA. Arroja el bastón al suelo e intenta
introducir la mano por el escote.)

¿Qué hace?

ANGLADA.- No se mueva, Roberta.

ROBERTA.- ¿Qué pretende?

ANGLADA.- Adivinar la forma de su pecho.

ROBERTA.- ¿Para qué?

ANGLADA.- Me vienen a la cabeza antiguos
recuerdos...

ROBERTA.- ¡Oh, no! Las comparaciones con mi madre
se han acabado. ¿O es que también presume de que conocía
su cuerpo? Si continúa por ese camino, acabaré por
sospechar que entre ella y usted hubo algo muy distinto a
una buena amistad.

(Finge intentar desembarazarse del ciego.)

Dígame, ¿la vio desnuda? ¿No le habrá pasado a usted lo
que a Tiresias? ¿Sabe quién fue Tiresias?

ANGLADA.- Un adivino.

ROBERTA.- También perdió la vista.

ANGLADA.- Por desvelar a los mortales los secretos del
Olimpo.

ROBERTA.- Otros dicen que por haber contemplado
desnuda a una diosa. ¿Qué hay de mi pregunta?
¿Acariciaron sus ojos el cuerpo de mi madre?

ANGLADA.- (Evasivo.) Tiresias y yo sólo coincidimos,
aparte de en la ceguera, en una cosa. Los dos pensamos
que, en el amor, la mujer goza nueve veces más que el

hombre.

ROBERTA.- ¿De verdad?

(ANGLADA **reanuda el acoso.**)

¿Acaso se ha propuesto demostrármelo?

ANGLADA.- ¿Por qué no?

ROBERTA.- No me interesa saberlo. Apártese.

ANGLADA.- (**Sujetándola con fuerza.**) Lléveme al cuarto de baño.

ROBERTA.- ¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho? ¿Qué clase de sentimientos he despertado en usted? ¿No se habrá imaginado que puede hacer conmigo...?

ANGLADA.- Lo mismo que ese individuo.

ROBERTA.- ¡Nada de cuanto le he contado ha sucedido! Es pura invención.

ANGLADA.-¿Por qué tengo que creerla? No se haga la estrecha conmigo.

ROBERTA.- Estaba confiándole mis sueños.

ANGLADA.- Esa historia, verdadera o falsa, vamos a vivirla usted y yo. ¿Qué mejor regalo puede recibir una mujer que se aburre? Tome esta muestra de generosidad como una atención hacia su padre.

ROBERTA.- Me hace daño.

ANGLADA.- Lo siento.

ROBERTA.- ¡Suélteme!

ANGLADA.- Me ha provocado. Usted sabrá por qué. ¡Desnúdese!

ROBERTA.- Es un indeseable.

(ANGLADA la aparta del piano y trata de desvestirla. Sus manos ávidas recorren el cuerpo de ROBERTA y lo acarician con torpeza.)

No siga. Espere.

ANGLADA.- ¿A qué? ¿A que llegue David Gondar?

ROBERTA.- Regresará tarde.

(ROBERTA toma las manos de ANGLADA, las introduce entre los pliegues de su ropa y las guía por el contorno de su cuerpo.)

Mejor así. ¿No le parece?

ANGLADA.- ¿Qué le ha hecho cambiar?

ROBERTA.- No sabría decirlo.

ANGLADA.- Miente.

ROBERTA.- Estoy dispuesta a sufrir las consecuencias de mi desvergüenza.

ANGLADA.- Hace bien. No lo lamente. No se arrepentirá.

ROBERTA.- Va muy deprisa, ¿no cree?

ANGLADA.- Una vez que se ha prestado al juego, ¿qué importa?

ROBERTA.- Está poniendo demasiada leña en el fuego.

ANGLADA.- La que pide su cuerpo. ¿Tiembla?

ROBERTA.- Tengo miedo.

ANGLADA.- ¿A qué?

ROBERTA.- Mi dignidad...

ANGLADA.- Dentro de un momento estará tirada en el suelo. No entiendo sus remilgos. ¿Qué clase de mujer se

creo que es? Está hecha de la misma pasta que las putas.

ROBERTA.- Me humilla.

ANGLADA.- Voy a convertirla en una de ellas.

ROBERTA.- Aunque sea verdad, no lo diga.

ANGLADA.- En la más codiciada. Una puta de tronío. No habrá esquina más frecuentada que la suya. Suélteme el cinturón. Eso es. Baje la mano. A la bragueta. Busque.

ROBERTA.- Así, no. A oscuras.

ANGLADA.- A plena luz o a oscuras. ¡Pero hágalo!

(La espaciosa tiniebla en que vive ANGLADA envuelve a ROBERTA.)

Así, querida. No se sorprenda. La naturaleza ha sido generosa conmigo. ¿Qué ocurre? ¿Está desconcertada? ¿Vacila? ¿Ha olvidado lo que tiene que hacer?

ROBERTA.- Es una canallada.

ANGLADA.- ¡Ábrase!

(ROBERTA gime. Una respiración entrecortada sustituye a las palabras. Ruido de cuerpos en lucha. Jadeos que se van espaciando. Un estertor.)

Ahora la grupa. Vuélvase.

ROBERTA.- Es un mal sueño. Una pesadilla.

ANGLADA.- ¡La grupa! ¡Media vuelta!

ROBERTA.- ¡Suda vicio!

(ROBERTA lanza un grito atroz. ANGLADA jadea de nuevo. Cuando concluye, se oye el llanto de ROBERTA.)

ANGLADA.- Así lloraba su madre. En eso también se parece a ella.

(El bastón de DAVID GONDAR golpea el suelo. Se hace un silencio absoluto. Poco después, una luz diáfana ilumina la planicie. La proyección de la lámina de anatomía ha desaparecido. Con la lentitud con que, al amanecer, el sol asoma por el horizonte, otra imagen va surgiendo del suelo hasta ocupar su lugar. Aumentado su tamaño cientos de veces, en el fondo aparece un ojo cuya pupila es negra como el fondo de un pozo. DAVID GONDAR está de pie delante del sillón. ROBERTA, junto al piano, ordena sus ropas y se arregla el cabello con las manos.)

(Ajustándose apresuradamente el pantalón.) ¿Qué ruido es ese, Roberta?

(ROBERTA no responde.)

¿Quién ha venido?

DAVID GONDAR.- David Gondar.

ANGLADA.- ¿Sabes quién soy?

DAVID GONDAR.- Anglada.

ANGLADA.- ¿No te sorprende encontrarme aquí?

DAVID GONDAR.- Esperaba tu visita. ¿Te ha atendido bien Roberta?

ANGLADA.- La he follado.

(Silencio.)

¡En tu casa!

(Continúa el silencio.)

La he desgarrado el ojo del culo. ¡Lo he pasado en grande!

¿No dices nada?

DAVID GONDAR.- Curioso apareamiento.

(ROBERTA se pone el impermeable que hay en la percha. Busca en el bolso un lápiz de labios y un espejito. Se pinta cuidadosamente.)

ANGLADA.- ¡Ha sido una cabalgada brutal! El destino la ha puesto en mis manos. Nunca soñé mejor desquite. Ahora estamos en paz. ¿No me crees? Cuéntaselo tú, Roberta... ¿Roberta?... ¿Dónde está tu hija?

DAVID GONDAR.- ¿De qué hija hablas?

ANGLADA.- De Roberta.

(ROBERTA devuelve el espejo y el lápiz al bolso. Coge el libro que puso en el atril y busca en su interior un pequeño sobre. Examina su contenido y se lo guarda. Ajena a la conversación de los dos hombres, abandona el lugar.)

DAVID GONDAR.- Roberta no es mi hija.

ANGLADA.- Ella misma me lo ha dicho.

DAVID GONDAR.- Es el fruto no deseado de una violación que sufrió mi esposa.

ANGLADA.- Bromeas.

DAVID GONDAR.- Sucedió hace veinte años.

ANGLADA.- ¿Estás hablando de...?

DAVID GONDAR.- Aquella infernal jornada.

ANGLADA.- ¡Mientes! Lleva tus apellidos.

DAVID GONDAR.- No fui capaz de negárselos.

ANGLADA.- ¡Dios! ¡Roberta! ¡No le escuches!

DAVID GONDAR.- Ya no está. Ha huido espantada.

ANGLADA.- ¿Hacia dónde?

DAVID GONDAR.- ¿Qué más da? ¿Qué te importa?
Si buscas su perdón...

ANGLADA.- Haría bien en negármelo.

DAVID GONDAR.- ¿Entonces?

ANGLADA.- Necesito su ayuda para acabar cuanto antes. No quiero vivir. De aquí en adelante sólo me aguardan lamentos, maldiciones, vergüenza... Creía castigarte y he conseguido, en cambio, que lleves tu venganza más lejos todavía. Violé a tu mujer y provoqué tu ceguera. Tardaste en pasarme factura. Pero bien la he pagado. Ciego estoy, por tu voluntad. ¿Por qué no me castraste al mismo tiempo? No te hubiera odiado más. Y, sin embargo, no hubiera vuelto a violar. ¿Cómo no he sentido que era mi propia carne la que desgarraba con tanta saña? **(Busca el bastón, pero desiste enseguida.)**
¡Piedad, David Gondar! ¿Dónde enterrar mi cuerpo? ¿A qué cloaca puedo arrojarme?

DAVID GONDAR.- Conozco una sima.

ANGLADA.- ¿Profunda?

DAVID GONDAR.- Nadie ha logrado ver el fondo.

ANGLADA.- ¿Dónde está?

DAVID GONDAR.- A dos pasos de ti.

ANGLADA.- ¿En que dirección?

DAVID GONDAR.- En todas. Camina. Llegarás a ella.
El vacío atrae como un imán.

(ANGLADA **avanza. Tropezaba con la clepsidra. La
recorre con las manos.**)

ANGLADA.- ¿Qué hace aquí el reloj de agua?

DAVID GONDAR.- Se lo compré a un doctor que hizo
almoneda de sus pertenencias.

(ANGLADA **lo derriba.**)

¿Qué hace? ¿Está loco? ¡Es una joya!

ANGLADA.- Odio las máquinas capaces de resucitar el
pasado.

DAVID GONDAR.- No es más que un reloj antiguo.

ANGLADA.- Nadie podrá utilizarlo para impedir que
detenga mi tiempo.

(ANGLADA **dirige sus pasos hacia el ojo proyectado
en el fondo. En la pupila negra se refleja una
calavera.**)

DAVID GONDAR.- Nada hay tan divertido como ver
a un ciego dando tumbos.

ANGLADA.- ¡No estás ciego, maldito cabrón!

DAVID GONDAR.- Recuperé la vista gracias al ojo
fosforescente que lucía una mujer en el ombligo. Me lo
regaló compadecida de mi desgracia. ¿No te lo contó
Roberta?

ANGLADA se precipita sobre la enorme pupila y la atraviesa. Una mancha de sangre se extiende sobre el reflejo de la calavera.

La clepsidra rota

A media noche. Alguien corre por un pasillo. Se oye su respiración entrecortada y algún gemido. Un objeto pesado cae al suelo con gran estruendo. Algunas puertas se abren y se cierran precipitadamente.

VOZ DEL DOCTOR BRUNO.- ¿Qué ruido es ese?
¿Qué pasa?

VOZ DEL CONSERJE.- ¡Doctor Bruno! ¡Doctor Bruno! ¡Aquí, doctor!

VOZ DEL DOCTOR BRUNO.- ¡Encienda la luz!

(El DOCTOR BRUNO y el CONSERJE se encuentran en la recepción de la residencia. En el suelo, junto al mostrador, está la clepsidra.)

DOCTOR BRUNO.- ¡La clepsidra!

CONSERJE.- Está destrozada. Antes de salir al jardín, la ha derribado.

DOCTOR BRUNO.- ¿Quién?

CONSERJE.- El señor Anglada. No he podido impedirlo. Ha sido tan rápido...

DOCTOR BRUNO.- Anglada, no.

CONSERJE.- A pesar de la oscuridad, le he reconocido.

DOCTOR BRUNO.- Su hija le acompaña. No le hubiera dejado salir de la habitación a estas horas.

CONSERJE.- Le digo que ha sido él. Corría como un loco.

(La habitación de ANGLADA se ilumina. ADELA está en el centro, de pie, con la ropa desordenada. Parece ausente. El DOCTOR BRUNO contempla la cama deshecha y una botella de ginebra caída en el suelo.)

DOCTOR BRUNO.- ¿Dónde está su padre, señorita Adela?

ADELA.- Me ha violado... Mientras dormía. **(Solloza débilmente. Se cubre los muslos con las manos.)**

DOCTOR BRUNO.- **(Al CONSERJE.)** Que nadie salga de las habitaciones. Vaya en busca del señor Anglada. Impida que salga de la residencia.

CONSERJE.- No saldrá. Me ha parecido ver que se arrojaba al pozo.